

BOLSILLOS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

¡CUIDADO CON EL LORO, ES UN ESPÍA!

Keith Luger



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

¡CUIDADO CON EL LORO, ES UN ESPÍA!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.450

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 9.983 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2.^a edición: mayo, 1978

© Keith Luger - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 - La historia de Bill *el Melenas*.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.445 - Antiespía K-7.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967 - El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729 - La venganza.
- En Colección KANSAS:
657 - Mala hierba nunca muere
- En Colección BRAVO OESTE:
581 - Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
833 - Operación «Plomo caliente».
- En Colección CALIFORNIA:
752 - La historia de Buby *el Llorón*.
- En Colección ASES DEL OESTE:
993 - Un pillo y dos revólveres.
- En Colección COLORADO:
610- ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
438 - Los desesperados.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 - La chica del rifle de oro.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5 - Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Lou Bates, con cara de haber resistido muchos asaltos de Casius Clay, abrió la puerta de la habitación número 33 del hotel El Descanso del Viajero.

Vio a una pelirroja que estaba besando a un hombre.

—Oh, perdone —dijo y cerró la puerta.

Fue a dirigirse a la habitación de al lado y hasta llegó a dar tres pasos, pero enseguida se detuvo. Estaba seguro de que la habitación 33 era la que él compartía con su amigo Duke Martin.

Entonces entró corriendo otra vez en aquel cuarto. Ya no tuvo duda, el hombre que estaba besando a la pelirroja era Duke.

Los cabellos se le pusieron de punta.

—Eh, Duke —gritó—, no puedes tener a esta chica aquí... Alma Rick nos prohibió traer mujeres a la habitación.

No parecía ser oído.

—¡Duke, si Alma Rick se entera de esto, nos exigirá las dos semanas que le debemos, o nos pondrá en la calle!...

La pelirroja se soltó y llenó los pulmones de aire.

—Eh, Duke —dijo—. ¿Por qué no le dices a tu amigo que nos deje en paz?

—Ya has oído, Lou. Déjanos en paz —dijo Duke, de cara simpática, ojos muy duros, setenta y cinco kilos de músculos y huesos, y tres mil años de granjería.

—Duke, vine por ti, porque es la hora de comer.

—Come tú solo.

—Oh, sí, claro. Tú ya te despachaste por tu cuenta y ahora estás en el postre... Pero no puedo comer solo.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo dinero.

La pelirroja intervino y, pasando la yema del dedo por el cuello de Duke, dijo:

—Oh, Duke, a propósito. Todavía no me prestaste los cinco dólares de que hablamos.

—Perdona, chica. Fue un olvido.

Duke Martin sacó dos billetes de a cinco dólares y, cuando fue a entregar uno de ellos a la pelirroja, Lou gritó:

—¡No lo hagas, Duke! ¡Es nuestro pan!

La pelirroja atrapó rápidamente el billete y lo hizo desaparecer en la picante hucha de su escote.

Lou soltó un gemido, pero lo interrumpió porque en ese momento llamaron a la puerta.

—¡Cielos! ¡Debe ser Alma Rick! Ya nos sorprendió. Volveremos a la cochina calle y está a punto de nevar, Duke.

—Abre, Lou, y presentaré a Alma a mi prima Clotilde.

Lou miró por la habitación.

—¿Dónde está tu prima Clotilde, Duke?

Martin señaló a la pelirroja.

—Es ésta.

El grandullón sonrió.

—Demonios, es cierto. Tú prima Clotilde.

Entonces abrió la puerta.

La mujer que estaba en el hueco no era Alma Rick, la dueña del hotel, sino una rubia de muy saludable aspecto, tanto como el de la pelirroja.

Entró en la habitación y corrió hacia Duke.

—¡Duke, por fin te encuentro!

Lou preguntó:

—Eh, Duke, ¿quién es ella?

La rubia dejó respirar a Duke y éste dijo:

—Te presento a mi prima Leonor.

—Tanto gusto —dijo Lou—. Demonios, Duke, a este paso te vas a reunir con toda la familia.

La rubia que había sido bautizada con el nombre de Leonor dio un suspiro y dijo:

—Duke, estoy en un apuro. Necesito cinco dólares para pagar la renta de mi casa —y como vio que Martin tenía el billete de cinco dólares en la mano se lo arrebató y agregó—: Sabía que me ayudarías, ¿qué haría yo sin ti?

Lou señaló a la rubia con el dedo.

—Leonor, suelta ese billete o te rompo la muñeca.

—¿Oyes a este malvado, Duke?

—Cálmate, Lou.

—¡Y un cuerno me voy a calmar! En un momento, estas dos mujeres te han soplado el dinero.

La pelirroja señaló a Duke.

—Eh, Duke, ¿qué clase de amigos te buscas? Míralo. Tan grandote, y en lugar de trabajar, trata de robar a unas pobres mujeres. Debería darte vergüenza, grandullón... Fue dicho hace mucho tiempo que el hombre se ganará el sustento con el sudor de su frente, ¿y qué haces tú? Pretendes ganártelo con el sudor de dos indefensas mujeres...

—Lo siento... yo no quería... La verdad es que...

En ese momento llamaron a la puerta otra vez.

Lou se pasó una mano por la cara.

—¿Otra mujer, Duke?

—Quién sabe. La vida nos reserva una sorpresa cada cuarto de hora.

—Pues tú batiste el récord porque todavía no pasaron los quince minutos. Tenemos una pelirroja y una rubia. Seguro que es una morena.

—Es muy feo hacer esperar a una dama, Lou.

—Te pedirá también dinero, y seguro que dices que es tu tía Sarah.

—En primer lugar, mi tía Sarah murió, y en segundo término, sólo me quedan centavos.

—¡No, Duke! ¡Dime que me estás mintiendo!

—Abre la puerta, muchacho.

Lou sacudió la cabeza y abrió la puerta.

Pero ahora en el corredor no estaba la morena que ellos habían previsto. No se trataba de una mujer, sino de un hombre de unos cincuenta años, talla normal.

—Pughtf —dijo y entró tambaleándose en la habitación.

—Un borracho —gritó Lou—. Sólo falta que aparezca Alma Rick.

El hombre dio un traspié y se derrumbó en el suelo.

Pero Lou se había equivocado. No estaba borracho. Su caída se debía a que tenía clavado en el cuello un cuchillo hasta el mango.

CAPÍTULO II

Lou gritó haciendo un gallo con la voz.

—¡Cielos, no puede ser!... ¡Tengo una pesadilla!... ¡Duke, ésta es otra de las prohibiciones de Alma Rick! ¡No podemos alojar cadáveres en nuestra habitación!

Duke ya se había inclinado sobre el hombre que tenía clavado el cuchillo.

Le levantó la cabeza y se cercioró de que, aunque todavía no había muerto, de quedaba muy poca cuerda.

—Señor Martin... —dijo con un hilillo de voz.

—Soy yo —Duke se inclinó casi pegando su oreja a la boca del moribundo.

—Por favor... habitación 313... Mardor-Astoria... Agente 005.

Luego exhaló el aire y se murió.

Lou había cerrado la puerta y se apoyaba en ella.

—Duke, no me digas que es tu primo Eustaquio, y que vino para nombrarte heredero de pozos de petróleo.

—Te voy a dar una sorpresa, Lou.

—¡Es tu padre!

—No, Lou, no, y será mejor que no lo sigas intentando... Lo que quiero decir es que no he visto a este hombre en toda mi vida.

—¡Dios mío, ya estamos metidos en un lío!...

—No, hombre, ¿por qué has de decir eso?

—¿Te parece poco? Llego aquí y te encuentro con una pelirroja. Pasa un minuto y entra una rubia. Pasa otro minuto y ya hay un cadáver... ¿Qué va a pasar en el próximo minuto, Duke?

De pronto, golpearon la puerta con gran violencia y las paredes se estremecieron.

La pelirroja gritó colgándose del cuello de Martin:

—¡Duke, debe ser una estampida de elefantes!

La rubia también se asustó y se colgó del cuello de Lou.

Como nadie abría la puerta, ésta fue abierta desde el corredor.

En el hueco no apareció un elefante.

La pelirroja dijo:

—Perdón, Duke. Es una ballena.

La ballena respondía al nombre de Alma Rick, y era la mismísima dueña del hotel El Descanso del Viajero. Tres meses antes, cuando se pesó la última vez, la aguja marcó ciento veinte kilos y la balanza quedó inservible.

Alma Rick poseía, una cara redonda, mejillas sonrosadas y ojos pequeños y verdosos, que Lou había comparado muchas veces con los de una víbora.

Alma levantó un puño como una sandía y dijo con voz triunfal y con mucho sarcasmo:

—¡Os pillé con las manos en la masa...!

—Te equivocas, Alma, —gritó Lou—. ¡No hay nada de masa! Esta chica que tengo en mis brazos es la prima de Duke y la mujer que él tiene en sus brazos es mi abuela...

Se había hecho un lío tremendo con el parentesco, pero dijo lo primero que se le ocurrió, porque era así de irreflexivo.

—Conque sí, ¿eh? —Alma reparó en el hombre que había quedado boca arriba—, ¿y quién es ése?

—Mi tío John.

—Vino a la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La de cumpleaños.

Lou apartó a la rubia y atrapó al muerto por los brazos, pero le dio la vuelta y se le vio el cuchillo en el cuello.

Alma agrandó los ojos y lanzó un chillido.

—Ese hombre tiene un cuchillo.

—Oh, sí, lo trajo para cortar la tarta —repuso Lou.

—¿Qué tarta?

—La de mi cumpleaños. Ya te lo dije... Quédate, Alma y me ayudarás a soplar las velas.

—¿Qué velas?

Otra vez llamaron a la puerta y Alma Rick abrió como un rayo.

En el corredor había un hombre que sonreía. Era el sargento Timothy Flagg de la Brigada de Homicidios, un policía que había jurado meter en la cárcel a Duke Martin y Lou Bates en cuanto los

viere arrojar un papel en la calle.

Tenía una tarta entre sus manos.

—Yo mismo la saqué de la caja, Alma —dijo—. Me acordé de que te gustan mucho las tartas de frambuesa. Pero hay mucho merengue, que es lo que a mí me gusta...

Lou se había quedado con la boca abierta al ver a su temible enemigo.

De pronto se puso a gritar:

—¡Vivían los novios! ¡Vivan los novios!

Se echó sobre Alma y la besó sonoramente en las mejillas.

—Quítate de encima, y deja de toquetearme. Pareces un pulpo —gritó la gordita.

Lou, para variar, atrapó al sargento por el hombro y tiró de él hacia la habitación.

—Pase, sargento. Duke y yo lo estábamos echando de menos.

Duke había logrado sentar al cadáver en una silla y se apoyaba en su hombro como si sostuviese con él una conversación amistosa.

El sargento Flagg arrugó el ceño.

—Eh, ese hombre está muy pálido.

—Se mareó —dijo Duke.

—¿Con qué?

Lou contestó demasiado apresuradamente.

—Con un cuchillo.

—¿Qué ha dicho?

—Con un *whisky* marca Cuchillo.

—No conozco ese *whisky*.

—Usted conoce muy pocas cosas.

—Lou, no estoy dispuesto a soportar sus bromas de hipopótamo resfriado.

—¿Se miró a un espejo, sargento? Es usted lo más parecido a un gorila enamorado.

—¡Lou, que me lo cargo!

Duke intervino:

—Eh, sargento, no debe chillar tanto o despertará a mi amigo.

Alma Rick, que miraba de un lado a otro sin atreverse a intervenir, por último dio un chillido.

—¡Silencio!

Todos se callaron.

Duke y Lou miraron con expectación a la dueña del hotel. Los dos a una pensaron que ahora Alma iba a decir la verdad, que el hombre que estaba sentado en la silla era un cadáver.

Lou trató de impedirlo y se le ocurrió una cosa. Atrapó la tarta de manos del sargento y la estrelló en la cara de Alma.

La dueña del hotel retrocedió manoteando y estrelló las espaldas contra la pared.

El sargento Flagg soltó una risa escalofriante.

—Lou, por fin lo voy a meter en la cárcel.

—No tiene derecho, sargento. ¿Cuál es el cargo?

—Tartazo.

Duke medió rápido.

—¿Trajo orden judicial?

El sargento quedó sorprendido.

—¿A qué se refiere, Duke?

—No puede entrar en la habitación privada de un ciudadano sin una orden de registro. De modo que, le voy a hacer un mego, sargento. Si no quiere hacer frente a una queja de unos honrados ciudadanos, será mejor que se marche.

El sargento tartamudeó emitiendo unos sonidos ininteligibles.

Gran parte de la tarta había resbalado por la cara de Alma Rick, la cual, tras volver a la superficie, gritó.

—¡Es un muerto, sargento!... ¡Deténgalos! ¡Son un par de asesinos!

Lou rió, pero lo hizo muy mal, como un pésimo actor durante un ataque de *delirium tremens*.

—Eh, Duke, ¿oyes a la bromista de Alma? Dice que a tu amigo el muerto lo asesinamos nosotros.

—¡El muerto! —gritó triunfalmente el sargento.

Duke vio que aquello se ponía muy feo.

—Sargento, Alma no sabe lo que dice, pero al fin y al cabo es natural porque le pasa a todas las mujeres enamoradas. Usted le pegó el flechazo, Timothy.

—No me llame Timothy. Se lo he dicho un montón de veces. Soy el sargento Flagg.

—Se debería llamar Romeo porque es usted quien ha enamorado a esta Julieta. Le diré un secreto, Timothy. Alma sueña con usted a todas horas, incluso ahora que está embadurnada de merengue y

frambuesa. ¿Por qué infiernos no le da de una vez el sí? Le explicaré lo hermoso que puede ser el matrimonio... pana los demás...

—¡Cuidado, Timothy! —gritó Alma—. Duke ya te está liando otra vez.

El sargento movió rápidamente la mano y tuvo entre sus dedos una pistola.

—Todos a callar. Soy el dueño de la habitación y, a quien se desmande, lo dejo frío.

CAPÍTULO III

La pelirroja y la rubia que habían sido socorridas por Martin estaban muy confusas. Nunca se habían encontrado en una situación como aquélla. Con dos vivales, Duke y Lou, con un sargento de la Brigada de Homicidios, con una gorda llena de tarta, y con un hombre que había sido muerto de un cuchillazo.

Lou levantó las dos manos a un tiempo.

—Sargento, juro que no tenemos nada que ver con todo lo que está pasando aquí.

—Eso se lo dirás al tipo que te ase en la silla.

—Nada de planchas, sargento. Duke y yo somos inocentes... Y aquí tenemos muchos testigos.

Duke se aclaró la voz.

—Sargento, Lou está hablando como un pozo de sabiduría.

—Pues debe ser un pozo muy profundo porque no oigo su voz — el sargento rió con risa glacial su malévolo chiste—. Esta vez no tienen escapatoria.

—¿Por qué no recuerda las otras veces que se equivocó? ¿Qué fue lo que hizo? Yo sé lo recordaré. El ridículo.

—Las cosas no estaban tan claras como ahora...

—Timothy, ¿me cree si le digo que nunca he visto a este hombre?

—No le creo.

—Eso supuse. ¿Me cree si le digo que este hombre vino ya con el cuchillo puesto?

—No le creo.

—¿Me cree si le doy un soplo sobre la carrera de mañana en el hipódromo de Santa Anita?

—¿Cuál es el caballo?... ¡Quise decir que ya se ha ganado otro cargo, Duke! ¡Soborno a la autoridad!

—Entonces, si no le sirve mi palabra, aquí tiene a esta pelirroja

que descende por línea directa de los puritanos del *Mayflower*.

Así diciendo, pegó un empujón a la pelirroja arrojándola sobre el sargento.

La chica se colgó del cuello de Flagg.

Duke tomó a la rubia del brazo y también la empujó.

—Y para que no tenga duda, Timothy. Aquí tiene a esta muchacha que no ha dicho una mentira desde que le quitaron el biberón.

La rubia cayó sobre el sargento.

Los tres se vinieron abajo con un lío de brazos y piernas, mientras el sargento gritaba.

Tanto la rubia como la pelirroja se habían dado cuenta de la precaria situación en que se encontraba Duke, y como agradecimiento, estaban colaborando en aquel intento de fuga.

Se demostró enseguida que la fuga podía tener éxito.

Duke saltó hacia la puerta y gritó:

—¡A correr, Lou!

Alma rugió sobre Lou y lo sujetó por un brazo.

El grandullón consiguió desasirse por el procedimiento de enviar a la dueña del hotel sobre la masa humana compuesta por el sargento, la rubia y la pelirroja, los cuales aullaron cuando les cayeron encima los ciento veinte kilos de carne y faja.

Lou siguió a su amigo, bajando los peldaños de tres en tres.

Salieron del hotel a paso ligero y sólo aminoraron su carrera cuando se encontraron lo bastante lejos.

Entonces, Lou soltó un gemido.

—Duke, ya volvió a ocurrir.

—¿De qué te quejas?

—¿Te parece poco? Hasta ahora los polis nos acusaron de encontrar demasiados cadáveres. Les prometimos que no los volveríamos a encontrar, ¿y qué pasa ahora? ¡Que un cadáver nos visita a nosotros!

—Es el destino, Lou.

—Menos mal que logramos escapar. Al fin tus chicas sirvieron para algo.

—Celebro que lo reconozcas. Siempre te he dicho que las mujeres son una maravilla.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero no me negarás que a veces nos

traen líos. A propósito, Duke, ¿quién era el muerto?

—¿Acaso dudas también tú de mi palabra?

—¿Quieres decir que de verdad no lo conoces?

—Ni por el forro.

—Entonces, ¿para qué vino a nuestra habitación?

—Para hacernos un encargo.

—¿Qué clase de encargo?

—Que descubriese a su asesino.

—¿Fue eso lo que él te dijo?

—Sí, Lou.

—¡Pero nosotros no podemos hacer eso! Somos fugitivos de la justicia. Tengo una idea... Iremos con mi amigo Tom Turner. Tiene una barca en el río. Me lo encontré el otro día y me dijo que la había comprado por ciento cincuenta dólares.

—Debe ser una barca con muchos agujeros. No podemos ir allí porque se hundiría.

—Tom no la compró para navegar, sino para vivir...

Duke se metió en un bar y Lou lo siguió trotando.

—Caramba, es una buena idea esto de beber un trago de *whisky*, después del susto que pasamos.

Sin embargo, Duke no se detuvo en el mostrador, sino que se introdujo en la cabina telefónica y cerró la puerta para impedir que Lou de oyese.

Tenía una ficha y la utilizó, tras buscar el número correspondiente al Mardor-Astoria.

Desde la otra parte le llegó una voz untuosa.

—Recepción del Mardor-Astoria... Henry Overton al habla.

—Señor Overton, ésta es la redacción del *Star*. Quiero hablar rápidamente con el huésped del 313.

—Disculpe, pero no puede.

—¿Por qué no puedo?

—Por la sencilla razón de que el gran duque Polaski no ha llegado todavía.

—¿Cuándo lo esperan?

—Anunció su llegada para esta semana, y lo mismo puede llegar hoy que dentro de tres días.

—¿Puede darme datos de él? Ya sabe, edad y todo lo demás.

—Lo siento, amigo mío, pero no he visto nunca al Gran Duque

Polaski. Es la primera vez que tenemos el honor de recibirlo en este hotel.

—Volveré a llamarlo, señor Overton. Muchas gracias por todo.

—Estoy a sus órdenes.

Duke Martin colgó y salió de la cabina.

—Vamos, Lou.

—¿A quién llamaste?

—¿A quién crees tú?

Estaban otra vez en la calle. Lou hizo chascar los dedos y dijo:

—Ya sé. Has llamado al teniente Hunter para decirle que somos inocentes.

—Eso es —mintió Duke.

—¿Y qué te dijo el teniente Hunter?

—Que no teníamos de qué preocuparnos, que él ya sabe lo tarugo que es el sargento Flagg y que no le admitirá ninguna acusación contra nosotros.

Lou dio un suspiro y sonrió.

—Demonios, es bueno eso de que haya un policía inteligente en la Brigada de Homicidios.

Poco después, Duke bajó unas escaleras y abrió una puerta sobre la que se leía:

«Samuel Hatton. Ropería»

—Eh, Duke, ¿por qué venimos aquí? —preguntó Lou.

—De pronto recordé que debemos ir a una fiesta a la que fuimos invitados.

La tienda estaba envuelta en la penumbra. Algo se movió detrás de un mostrador.

—Eh, Duke —exclamó Lou—, hay allá una momia que se mueve.

No era una momia, sino un ser humano. Lo que le asemejaba a una momia era su cara arrugada, su calva, su nariz aguileña y sus ojos desprovistos de vida. Pero Duke sabía que aquellos ojos eran engañosos porque, en cuanto vieses una moneda, se pondrían a centellear. Lo malo para Duke era que no estaba dispuesto a enseñar aquella moneda.

—¡Hola, Samuel!

—Duke, si vienes para que te haga un préstamo, pierdes el

tiempo.

—No nos interesa un préstamo, Sam. Nos dijeron que ya no te conformas con cobrar el ochenta por ciento semanal.

—Entonces, ahuecad el ala. No quiero que me contaminéis.

—Te vamos a dar la sorpresa, Sam...

—Jamás creeré que os habéis vuelto honrados.

—¿Dejamos ya los chistes, Sam...? Sólo queremos un par de trajes decentes. Lou y yo hemos de ir a un club de millonarios, y he pensado que lo más conveniente es que nos vistamos de *smoking*.

Al oír aquello, Lou dio un respingo.

—Eh, Duke, ¿te refieres a esos pantalones a rayas y chaqueta que lo dejan a uno como un pingüino?

—Acertaste, Lou, aunque te faltó mencionar el sombrero de copa.

—Entiendo. Es un baile de disfraces.

—Sí, algo así.

Samuel soltó un gruñido y, como tenía las manos encorvadas sobre la mesa, su aspecto fue ahora el de un pajarraco.

—Tengo lo que necesitáis.

Duke le dio una palmada en la espalda y casi le aplastó la cara contra el mostrador.

—Bravo, Sam, sabía que podíamos contar contigo.

—No me dejasteis terminar. Tendréis los trajes si me pagáis los seis dólares del alquiler.

—¿Sólo seis dólares, Sam?... ¿Lo ves, Lou? Sam es un ser humano.

—Seis dólares por cada traje —le corrigió Samuel Hatton.

Lou levantó su puño cerrado.

—¡Doce dólares es un robo!

—A la calle entonces —dijo Sam.

Duke soltó una risita de jovialidad.

—Estamos conformes, Sam. Doce dólares es un precio razonable. ¿Dónde están los trajes?

Sam les hizo una señal y pasaron a una dependencia en donde estaban los trajes convenientemente metidos en balsas, colgadas de una larga barra.

Duke encontró fácilmente el *smoking* que necesitaba, pero lo de Lou era verdaderamente difícil debido a su tamaño.

Duke estaba hasta elegante, pero Lou daba la impresión de ser un pocero vestido para un carnaval.

—Listo, Lou. Vámonos.

Sam les interrumpió el paso.

—Olvidáis algo. Los doce dólares.

—Oh, sí, claro.

Duke extrajo su cartera y buscó un dinero inexistente.

—Demonios, Lou, ¿por qué no me recordaste que cogiste los cien dólares de la mesilla de noche?

—¿Quieres decir que olvidaste los cien dólares?

—Seguro.

Sam dejó oír su voz:

—¡Basta de trampas! No tenéis un centavo, como siempre... ¡Quitaros enseguida esa ropa!

—Espera un momento, Sam —dijo Duke.

—No voy a esperar nada.

—Vamos a ventilar un negocio de envergadura en el Mardor-Astoria. Tendremos plata a manos llenas y esto va a ocurrir hoy mismo y no mañana... Y como ya te dije antes, los doce dólares es poco dinero por el alquiler de estos trajes por unas horas. Cuenta con veinte pavos. Ése es el precio justo porque gracias a ti vamos a ganar miles de dólares. Por añadidura, ahí te dejamos nuestros trajes como prueba de buena voluntad.

—Está bien. Os lo dejaré. Pero no creáis que es por los veinte dólares.

Lou fue a protestar, pero Duke le pisó el pie derecho obligándole a callar.

Los dos amigos salieron de la ropería.

Lou rezongó:

—¿Por qué no me dejaste que atrapase el cuello de ese buitre, Duke?

—Porque Sam tiene el pescuezo demasiado endeble y se lo habrías tronchado a la primera. Dos muertos en una hora habría sido demasiado, incluso para el teniente Hunter.

—Eh, Duke, ¿es verdad que vamos a una fiesta?

—Seguro.

—¿Dónde?

—¡En el Mardor-Astoria! Sí, Lou, vamos a estar allí a lo grande.

—Eh, no me gusta nada eso que dices... Mi voz interior me está poniendo en guardia.

—No la escuches. Casi siempre la voz interior dice cosas muy feas.

—No entiendo una palabra, Duke.

—No te canses, muchacho. Deja las cosas del cerebro para mí.

—Eso es lo malo, que las dejas para ti y siempre acabamos mal.

—No deberías quejarte, Lou. Siempre procuro lo mejor para nosotros.

Poco después llegaban ante el Mardor-Astoria.

—Aquí nos quedamos, Lou —dijo Duke.

El entorchado portero les hizo un saludo ceremonioso mientras entraban.

Duke tomó a Lou del brazo y lo empujó hacia el registro.

—Eh, Duke. ¿Qué hacemos aquí?

—Tú cierra la boca.

Llegaron ante el amplio mostrador que estaba servido por varios empleados.

—¿Señor Overton? —preguntó Duke.

Un hombre de pelo muy planchado, de maneras exquisitas y que olía a perfume, sonrió a Duke.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Señor Overton, soy Duke Martin, el secretario de Su Excelencia el Gran Duque Polaski... —Al tiempo que decía eso estaba señalando a Lou.

Lou se volvió buscando a su espalda el Gran Duque Polaski.

El empleado llamado Overton se inclinó tanto que casi tocó el tablero con la frente.

—Lo estábamos esperando, Excelencia —se estaba convirtiendo en jalea—. NO sabe cuánto honor sentimos por tenerlo en nuestra humilde casa.

Para que Lou dejase de mirar a su espalda. —Duke le pegó con el dedo en el hombro mientras decía:

—El Gran Duque se siente también muy complacido de estar aquí, aunque se mareó un poco en el avión.

—Enseguida mando a unos empleados por su equipaje.

—No hace falta que se moleste —dijo Duke—. Nos mandarán el equipaje más tarde... Y ahora, señor Overton, el Gran Duque

quisiera retirarse a su *suite*.

—Es la 313.

—A Su Excelencia le gustaría comer en sus habitaciones.

—Cuanto más pronto, señor —dijo Lou, que abrió mucho los ojos al oír que podía comer.

—Enseguida daré las órdenes, Su Excelencia —repuso Overton inclinándose de nuevo. Duke se llevó a Lou hacia los ascensores.

—Creo que me va a dar un desmayo, Duke.

—Tranquilízate.

—¿Por qué me has hecho esto?

—Silencio. Nos pueden oír.

Overton había hecho una señal y dos botones, uno llevando la llave, galopaban hacia el ascensor de servicio.

La suite 313 estaba en la última planta, y cuando los dos amigos llegaron, ya había sido abierta por uno de los botones, los cuales estaban inclinados.

Duke los golpeó con el hombro.

—Enderezaos, muchachos, enderezaos.

Los dos a una hicieron el gesto de aceptar una propina, y Duke dijo:

—Apuntaros una propina de cinco dólares... cada uno.

Luego, muy solemne, entró con Lou en la *suite* y *cerró la puerta a sus espaldas*.

Lou se tambaleó y se dejó caer en un magnífico sofá.

—Martin, vas a acabar conmigo. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—No te lo pude decir antes porque te habrías desmayado de verdad. El hombre del cuchillo, antes de morir me dijo que viniese a la *suite 313 del Mardor-Astoria*, y ya estamos en ella... *Está claro que el hombre asesinado señaló este lugar porque es aquí donde hemos de encontrar la clave del asesinato.*

Lou se arrugó de la cabeza a los pies mientras gemía:

—Conque no tenía que hacer caso de mi voz interior. ¿Lo ves? ¡Tampoco esta vez me engañó! ¡Ya estamos metidos en el lío!

CAPÍTULO IV

Golpearon a la puerta.

—Adelante —dijo Duke.

Entró en la *suite un hombre muy estirado, de cuello largo, con pantalón a rayas y chaqueta oscura.*

—Soy Philip, el *maître*, Su Excelencia.

—Yo no soy el Gran Duque, aunque me llame Duke. Sólo soy el secretario de Su Excelencia —señaló a Lou.

El maître, Philip, hizo una inclinación de muchos grados.

—Bienvenido, Gran Duque Polaski. Me avisaron de la recepción que quiere usted comer.

—Desde luego, desde luego —ladró Lou Bates, muy contento.

—¿Puedo recomendarle el menú a Su Excelencia?

—Escupa por esa boca.

El maître arrugó un poco la nariz al oír la forma en que Lou se expresaba, pero todavía sonrió benévolamente porque sabía que la aristocracia se había democratizado mucho en Europa, tras dos siglos de leñazos.

—Le recomiendo el faisán a la María Antonieta.

—Eh, ese nombre me suena, Duke. ¿No acabó mal esa chica?

—Guillotizada, Su Excelencia. Recuerde, cosas de la Revolución Francesa.

—Demonios, eso hace la mar de tiempo y, si es el faisán de María Antonieta, debe de estar duro como una piedra.

Philip torció la boca, pero enseguida rió a golpes asemejándose al cacareo de una gallina después de haber puesto un huevo.

—Su Excelencia tiene un gran sentido del humor.

Duke aprovechó la oportunidad.

—*El maître tiene razón, Gran Duque. Ese faisán debe de estar apetitoso. —Le guiñó un ojo a su amigo porque vio que éste iba a protestar de nuevo.*

El *maître* apuntó en su cuaderno el primer plato y luego dijo:

—Para el faisán le aconsejo un vino de Bohemia, cosecha 1934. Fue un buen año.

—Eso lo dirá usted —repuso Lou—. Justamente en ese año atraparon a mi tío Jonás, y le ahorcaron en tres semanas.

—Los revolucionarios.

—Los polis.

El *maître* se quedó con la boca abierta y Duke dijo:

—Los polis que habían usurpado el poder a la familia Polaski. El tío de Su Excelencia era el Gran Cajero del Reino.

—Y cómo se le daban las cajas, madre mía —dijo Lou—. Le llamaban Manitas de Plata. Duke se acercó al *maître*, con mucha alegría.

—¿Qué hay del segundo plato?

El *maître* sonrió.

—¿Puedo aconsejarles Los Nidos del Oriente?

—Nada de Oriente —dijo Lou—. Allí se está repartiendo mucho hule.

—Pero los Nidos son exquisitos.

—Pues que se los coma su padre.

—Perdone, Su Excelencia, pero mi padre no tiene dientes.

—¿Es que no gana usted bastante para comprarle una dentadura postiza? ¿Qué clase de hijo es usted?

—Lo que quería decirle es que mi padre murió hace tiempo.

—Pues le doy mi pésame. Si usted no tiene inconveniente, yo le pediré el segundo plato.

—Como usted quiera. Es usted quien me ordena.

—Me va a traer un solomillo como el edificio de la ONU.

—Perdón, Su Excelencia, pero sólo los tenemos de tres pisos.

—Agregue un par y me dará por satisfecho.

—Sí, Su Excelencia.

—Me dará por satisfecho si acompaña a los cinco pisos de solomillo una buena guarnición.

—¿Qué entiende por una guarnición Su Excelencia?

—Por ejemplo, una división de guisantes, un cuerpo de ejército de patatas, y seis regimientos de coles de Bruselas y judías verdes...

Philip había dejado de apuntar en el cuaderno porque miraba al Gran Duque Polaski con los ojos desorbitados.

—¿Se refiere a toda la comida de la servidumbre?

—Eso para más tarde, cuando ellos lleguen.

Duke tomó por el brazo al *maître* y se lo llevó hacia la puerta mientras le decía por lo bajo:

—No le extrañe lo que come Su Excelencia. Durante la segunda guerra mundial estuvo tres años escondido en un sótano y sólo comió lo que él podía cultivar en una maceta... El *maître* estaba tan aturdido que para salir quiso abrir una brecha en la pared, pero Duke lo acompañó por el sitio bueno hasta dejarlo en el corredor.

Luego cerró la puerta y se dirigió a Lou.

—Lou, deberías tener más cuidado con lo que pides.

Lou saltó del diván y echó a correr.

—Eh, ¿adónde vas, muchacho?

—A alcanzar a ese *maître*. Se me olvidó pedirle un par de kilos de pescado... Y el postre.

—Déjalo para otra vez, o lo matarás del susto.

Lou soltó un gruñido, pero se conformó.

—Eh, Duke, creo que podemos hacer una cosa... En cuanto comamos, nos largaremos... Después de todo, tuviste una buena idea, pero no vale jugar con la suerte. La tienes de cara y de pronto se te vuelve al revés...

En aquel momento se abrió la puerta.

Los dos amigos se quedaron de una pieza al ver a su visitante. Era un tipo de cara amarilla, pero eso era lógico porque era un oriental, aunque vestía a la euro pea.

—Eh, ¿quién es usted? —le preguntó Duke.

El oriental hizo una reverencia.

—Enseguida me presento, caballeros...

Sacó la mano derecha que tenía en el bolsillo y mostró en ella una pistola.

—Soy Ling, más conocido en ciertos medios por El Tintorero.

—No me diga que tiene una tintorería...

—No se lo puedo decir porque no la tengo.

—Entonces, ¿de qué viene el apodo?

—Tiene muy poca imaginación, señor Martin... Me llaman así porque hago limpiezas en seco.

Lou rió con alegría disimulada.

—Caramba, es una suerte tener a mano un tipo como usted, pero

vino demasiado pronto. Todavía no llegó nuestro equipaje, pero si vuelve mañana, le podremos dar trabajo.

—Eso es —asintió Duke—. Le daremos media docena de trajes de ceremonia para que los frote bien y les haga un buen planchado.

El chino también rió para estar a la altura de las circunstancias.

—Prefiero hacer la limpieza ahora.

—Ya le he dicho que sólo tenemos lo puesto.

—Eso no va a ser obstáculo para que yo realice mi trabajo.

—No puede hablar en serio —dijo Duke—. Si pretende lavarnos en seco, nos va a hacer daño.

—Es justo lo que voy a hacer —el chino sacó un silenciador que adaptó a la pistola.

—Pero, hombre, no se ponga así... Debe de estar confundido —Duke hizo chasquear los dedos—. Eso es lo que pasa. Aquí hay una confusión.

—Nada de confusión. Ésta es la *suite del Gran Duke Polaski y ese grandote que hay ahí con cara de poco inteligente es el Gran Duque Polaski*.

—Oiga, ¿le puedo hacer una pregunta? —dijo Lou.

—Sí.

—¿Es usted chinito?

—Sí.

—Pues cierre la boca y deje de insultar o le ataré el cuello a la coleta.

—Los chinos ya no llevamos coleta. Nos hemos adaptado al Occidente.

—Pues podrían haber seguido haciendo de las suyas con Fu-Manchú y no venir a molestarnos... y le voy a decir otra cosa. Yo no soy el Gran Duque Polaski.

Mi nombre es Lou Bates. Sólo vinimos aquí para comer gratis, pero Duke y yo tenemos un compromiso con un par de chicas...

—Si ha dejado de decir tonterías, rece.

—¿Por qué he de rezar?

—Porque se va a ir al otro mundo, Duque Polaski.

El chino arqueó el dedo en el gatillo, y eso era para Duke una señal indiscutible de que se disponía a disparar.

CAPÍTULO V

—¡Espere un momento, Ling! —dijo Duke.

—Nada de esperar. Tengo prisa.

—Pues salgamos de aquí enseguida y cojamos Juntos el autobús porque me parece que llevamos el mismo camino.

Aquellas palabras distrajeron un poco a Ling y eso fue lo que Duke quería.

Saltó sobre el asesino en potencia y lo atrapó por las muñecas.

La pistola soltó un suave estampido.

La bala habría matado a Lou, pero el brusco movimiento de Duke sirvió para que sólo le chamuscara el cabello.

Luego, Duke y el chino cayeron en el suelo rodando por la alfombra.

Sonó otro disparo y el chino soltó un gruñido de disconformidad. Tenía sus motivos porque la bala le había mordido el vientre.

Duke, que había quedado encima, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para apoderarse de la pistola.

Él chino soltó un hipido y se murió.

—Duke —dijo Lou.

Martin miró a su amigo y vio que su cara estaba, tan blanca como el yeso.

—Ya pasó todo, Lou.

—Mi voz interior me dice que esto sólo acaba de empezar.

—Ya te dije que no oyese los malos consejos.

—¿Por qué me quería matar este hombre?... ¡No me lo digas!
¡Porque creyó a pies juntillas que yo era el Gran Duque Polaski!

—Un momento, Lou. No te precipites... Tú no eres el Gran Duque Polaski.

—Claro que no soy el Gran Duque Polaski.

—Entonces no tienes que preocuparte.

—Pero ese chino no sabía que mi nombre era Lou Bates.

—Pero ya no te podrá hacer daño porque está muerto.

—¿Y qué hacemos con él?

—Meterlo debajo de la cama.

Duke tomó por las piernas al chino y lo llevó hasta el dormitorio, donde lo dejó debajo de la cama.

Lou, que había seguido a su amigo, dijo:

—No dormiré ahí, porque tendría pesadillas con chinos.

—Para cuando llegue la noche, lo habremos solucionado todo...

Bueno, si lo prefieres, nos iremos al hotel de Alma Rick.

—Oh, no. ¿Cómo quieres que vayamos allí?... Ahora te comprendo. No llamaste al teniente Hunter. Confíésalo.

Duke dio un suspiro.

—No, Lou, no llamé al teniente Hunter.

—Eso quiere decir que somos perseguidos por la policía como presuntos sospechosos de la muerte del hombre del cuchillo.

—No creo que nos busquen por eso. Recuerda que allí se quedaron Leonor y Clotilde, y ellas atestiguarán que estábamos en la habitación cuando llegó el muerto.

Lou titubeó unos instantes porque el argumento de Martin era contundente.

Duke aprovechó aquellas circunstancias para palmearle en la espalda.

—No tienes que preocuparte, Lou. Sólo nos pertenece un muerto, el chino, y a él lo liquidamos en legítima defensa.

—Un muerto aquí, otro allá... ¡Por todos los infiernos, ya tenemos dos en el bote!

De repente sonó el timbre del teléfono.

Lou dio un respingo y un grito.

—Debe ser el teniente Hunter...

—No puede ser el teniente porque no sabe que estamos aquí.

Duke atrapó el auricular.

—¿Quién está ahí?

—Un amigo del Gran Duque Polaski.

—Pero tendrá un nombre como todos... Lo siento, compañero, pero si no me lo dice no habrá conferencia.

—Está bien. Llámeme Robert. ¿Quién es usted?

—Duke Martin, el secretario del Gran Duque Polaski...

—No conozco a ningún secretario del Gran Duque, que tenga ese nombre.

—Está usted equivocado. El Gran Duque me contrató para que le acompañe durante su estancia en Nueva York... Y ahora, Robert, ¿quiere soltar ya lo que desea?

—Se lo diré al Gran Duque.

—Me lo dirá a mí o no se lo dirá a nadie.

—Entonces a nadie.

Duke rectificó enseguida.

—Espere un momento, Robert. Usted ganó. Se lo dirá a Su Excelencia.

Pasó el auricular a Lou, pero se inclinó sobre su amigo para poder escuchar.

—Es un tipo que se llama Robert.

Lou tragó saliva.

—Le escuchó, Robert.

—Polaski, tengo que darle un mensaje... Salga de ese hotel. Viaje hasta el aeropuerto y coja el primer avión hacia París.

—¿Qué debo hacer en París?

—Tírese al Sena, o si lo prefiere, salte desde La Torre Eiffel...

—Lo siento, Robert, pero no le voy a dar ese gusto.

—Entonces morirá aquí.

—Espero que esto sea una broma.

—No, Gran Duque, no es ninguna broma. Un comando especial ha estado planeando su muerte desde hace algunos días.

—Pues lo prepararon muy mal, porque el chino que se llegó aquí ya está muerto.

Hubo una sorpresa a la otra parte del auricular.

—¿Se refiere a Ling?

—Sí, ése fue el nombre que dio.

—No importa, Gran Duque. Tenemos muchos más.

—¿Cómo cuántos?

—Una docena, y le aseguro que donde Ling ha fracasado, otro triunfará.

—Oiga, lo he pensado mejor. Me voy ahora mismo a París para tirarme desde lo alto de la torre Eiffel.

Lou colgó y fue a echar a correr, pero Duke lo detuvo.

—¿Dónde vas, Lou?

—Ya lo oíste. A París.

—Tranquilízate...

—Son ellos los que se necesitan tranquilizar. ¿Es que no lo oíste?...

—Claro que lo oí.

—Me quieren matar... Y dicen que entrenaron a un comando... Tienen una docena. Ese Chino sólo fue un adelanto...

—Ya no te puede hacer ningún daño porque está debajo de la cama.

—Pero puede aparecer otro en cualquier momento...

—Ahora tengo una pistola —dijo Duke levantando el arma.

Llamaron a la puerta y Lou gritó:

—¡Ya están ahí!...

—No, hombre, no puede ser.

—Lo mismo dijo mi tío antes de que lo ahorcasen.

—Te has llegado a sugestionar, Lou. A tu tío no lo ahorcaron. Lo aplastó un camión cuando huía de la policía.

—Caramba, es verdad.

—¿Lo ves? Todo se puede arreglar en este murado, y apuesto a que nos traen la comida.

Duke tenía experiencia para acallar los prejuicios de Lou.

—¿Qué estamos esperando, Martin?...

Salieron al *living*, y otra vez llamaron a la puerta.

—Pueden pasar —dijo Duke, y guardó la pistola, pero no la soltó por si le daban la sorpresa.

Se abrió la puerta y un camarero entró haciendo rodar una mesa con muchas fuentes.

—Comida para doce —anunció—. ¿Dónde están los otros diez?

Era un tipo con cara avispada.

Lou lo apuntó con el dedo y dijo:

—Le vas a tomar el pelo a tu padre.

—Perdone, Excelencia, pero creí que habría traído con usted más servidumbre. Fue cosa del *maître*, ¿sabe? Me dijo: «Llévate esto para la familia numerosa del Gran Duque». Y es lo que digo yo, ese *maître* no debería tomarse ciertas libertades con un aristócrata como usted. Excelencia.

—Muchacho, te has ganado una buena propina.

El camarero sonrió mientras alargaba la mano.

Duke dijo rápidamente:

—Apúntate cinco dólares.

La sonrisa del muchacho se trocó en una de lástima.

—¿Le sirvo, Su Excelencia?

—Tengo manitas, muchacho. Ya nos arreglaremos nosotros.

—Como usted quiera, Gran Duque —repuso el camarero, y salió de la *suite*.

Lou abrió la fuente del faisán. Cerró los ojos y aspiró profundamente.

—Duke, dime que no estoy soñando...

En ese momento, por debajo de la mesa, salió un chino que también tenía una pistola en la mano, provista de silenciador.

Duke maldijo para sus adentros. Ya había apartado la mano del arma que guardaba en el bolsillo, puesto que había quedado bien claro que el camarero sólo era un camarero.

—No, Lou, no estás soñando —dijo al fin—. Esto es realidad.

Lou abrió los ojos para seguir abriendo fuentes, pero se quedó convertido en escayola al ver al chino.

—Eh, ¿qué pasa aquí, Duke?... Este tipo estaba muerto.

—No es el mismo, Lou.

—Hermanos gemelos, ¿eh?

—Es sólo una impresión tuya, Lou. Para nosotros, casi todos los chinos son iguales.

El nuevo Chino sonrió satisfecho mientras decía:

—Palabras que habría escrito Confucio en tablas de jade.

—Eh, ¿de dónde salió éste, Duke?

—De debajo de la mesa.

—El hijo de perra del camarero nos la jugó...

El chino sonrió.

—Le di una buena propina y le dije que yo sólo era un periodista en busca de información. Por eso consintió en transportarme en la mesa rodante...

—Oiga, le doy diez dólares y a partir de ahora tomará un taxi para ir a cumplir sus obligaciones —dijo Duke.

Movió la mano hacia el bolsillo porque lo que quería sacar era da pistola y no los diez dólares que no tenía.

Pero el chino le apuntó rápido.

—Un movimiento más y lo defuncionó, señor Martín.

—Se quedó sin los diez dólares.

Lou hizo un gesto como si fuese a llorar.

—Ya nos lo advirtieron, Duke. Si muere uno, llega otro, y todos se juramentaron para matar al Gran Duque Polaski... Duke, dile quien soy yo realmente... Dile que sólo soy un pobre desgraciado, un exboxeador, una basura...

El Chino le había echado el ojo al faisán.

—Ustedes comen muy bien... Conque faisán, ¿eh?

—Y eso sólo es el almuerzo —dijo Duke—. Para la cena pedimos caviar. Quédese con nosotros hasta la noche y se pondrá las botas, amigo. Por usted estamos dispuestos a echar la casa por la ventana...

—Ustedes ya no harán ninguna comida, porque yo me los voy a cargar.

El chino alargó la mano y atrapó un muslo del faisán.

—Con permiso —dijo.

—Es usted muy dueño, Chinito —dijo Lou para congraciarse.

El oriental pegó una dentellada al muslo del faisán.

—Demonios, esto es bueno... pero muy bueno.

—Pues hala, a ponerse la servilleta y a hincharse.

Los ojos del oriental brillaron intensamente.

—Tengo una idea mejor.

—No la diga —dijo Duke.

—¿Por qué si les atañe a ustedes? Los voy a matar, y luego me comeré el faisán.

—Protesto —dijo Duke—. Cada cosa a su hora. Primero comer y luego matar... Seguro que también lo dijo Confucio.

El chinito negó con la cabeza.

—No, eso no lo dijo Confucio, y por tanto perdieron su oportunidad...

Duke no estaba dispuesto a morir como una oveja en el matadero. Calculó que el oriental mandaría la primera bala contra Lou, puesto que era su amigo quién se hacía pasar por el Gran Duke Polaski.

Ya iba a meter la mano en el bolsillo para sacar el arma cuando el chino se tambaleó, puso los ojos en blanco y cayó al suelo.

—¡Demonios! —dijo Lou—. Estamos de suerte... Le dio un mareo.

Duke se agachó sobre el chino y, después de quitarle la pistola, le tomó el pulso.

Lou, que estaba hambriento, atrapó al otro muslo del faisán.

—No comas eso, Lou —dijo Martin.

—¿Por qué, Duke?

—El chino murió porque comió faisán envenenado.

CAPÍTULO VI

Lou Bates soltó el muslo de faisán como si estuviese radiactivo.

—¡Duke, ahora es cuando me voy a París!...

—No puedes arriesgarte. Tal como están las cosas, tengo la impresión de que, si te metes en un ascensor, volará en pedazos.

—Bajaré por la escalera.

—Uno de los escalones tendrá un explosivo.

—Saltaré por la ventana.

—Te cazarán con un rifle provisto de lente telescópica...

—Tú lo que quieres es que me maten...

—No, lo que quiero es salvarte la vida...

—¿Por qué me trajiste aquí?... ¿Por qué?

—¿Te has visto en el espejo, Lou? Estás vestido con *smoking*. Eres una personalidad, el Gran Duque Polaski, y disfrutas de una *suite como el más famoso actor de Hollywood*.

—Todo eso es verdad, pero esto se está llenando de muertos. Ya no es una *suite*, sino un *panteón*...

Duke cogió por las piernas al chino y comenzó a arrastrarlo.

—¿Dónde lo vas a poner?

—Debajo de la cama, con el primero...

Lou siguió muy nervioso a su amigo.

Cuando el segundo chino hubo quedado instalado, Duke se frotó las manos.

—Eres un hombre importante, Lou.

—Oh, sí, claro. Soy tan importante que me quieren liquidar.

—Aquí hay un gran secreto.

—No me interesa conocerlo, y a ti tampoco... ¿Por qué no nos vamos con Tom Turner...? Su barca tendrá todos los agujeros que tú quieras, pero será más segura que el Mardor-Astoria.

—Serenidad, Lou, serenidad.

—Sólo podré estar sereno cuando me encuentre lejos de este

hotel. ¿Lo entiendes, Duke?...

—Tenemos un deber que cumplir.

—¿Un deber? ¿Con quién?

—Con el muerto del cuchillo.

—¿Era algo tuyo acaso?

—Me dio un mensaje.

—Conque ahora lo confiesas, ¿eh?

—Sí, Lou.

—¿Qué dijo?

—Muy pocas palabras.

—Repite esas palabras.

—Está bien, ahora las vas a saber —Duke hizo una pausa y agregó—: «Hotel Mardor-Astoria, *suite 313, agente 005...*».

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Has dicho agente 005?

—Sí.

—¡Estamos salvados!... ¡Vendrá James Bond!

—No, Lou, te equivocas de número. James Bond es el 007.

—Pero también debe ser bueno el 005, ¿no te parece?

—Seguro.

—¿Y qué hace que no viene?

—Ya vendrá.

—¿Y si lo han matado?... ¡Eso es, Duke! ¡Nunca vendrá porque se lo cargaron!...

—¿Por qué has de ser tan pesimista, Lou?

—Porque no damos una a derechas.

—No tienes razón al decir esto. Todo nos sale bien.

—Oye, Duke, nosotros no tenemos ninguna relación con los servicios secretos. No es nuestra profesión, Duke. A nosotros no nos pagan como a James Bond, ni nos sirven las mujeres tan estupendas que él tiene, como aperitivo, entre muerto y muerto.

—¿Se puede? —dijo una voz femenina.

Los dos a una, miraron hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio y ambos abrieron la boca aunque no lograron emitir sonido alguno.

En el hueco había una mujer sensacional, una pelirroja esbelta, de rostro bellísimo, ojos azules. La chica podía pasar por la

hermana gemela de Raquel Welch, pero estaba vestida.

—He, nena —dijo Duke—, estas cosas se avisan para evitar ataques cardíacos.

La joven rió y lo hizo con un encanto y con una seducción muy personal, ladeando ligeramente la cabeza.

—Quise sorprenderlos porque para mi profesión es necesario.

—¿Eres una de esas periodistas que les gusta meter su naricilla en todos los potajes? —No, señor Martin.

—Entonces dilo de una vez porque nos tienes sobre ascuas.

—Soy el agente 005.

—Oye, ¿no está vacante el 006, o el 004?...

La joven rió enseñando una dentadura maravillosa.

Luego, entró en la estancia contoneando las caderas, se acercó a Lou y, haciendo una caída de pestañas, dijo:

—No sabe cuánto me encanta conocerlo, Gran Duque Polaski...

—A mí también, duquesa.

—Disculpe, pero yo no soy de la aristocracia.

—Pues lo merecías, hija, porque estoy seguro de que llevarías tan bien la corona como llevas lo demás.

—Señor Polaski, me habían hablado mucho de usted.

—¿De veras? ¿Y qué te dijeron?

—Que es usted un hombre muy peligroso con las mujeres.

—Oh, sí, eso es cierto.

—Pero no esperaba encontrarme con un tipo tan interesante como usted, Duque Polaski.

—¿Y qué tiene un tipo como yo?

—Lo creía frágil, y se le ve a usted un tipo fuerte.

—Oh, sí, es cierto. Eso y que muerdo clavos... Un rato más y tendré que comerme lo que encuentre en la habitación.

—Oh, a propósito de comida. Vi un faisán en el *living*... Si me invita estoy dispuesta a comer con usted.

—Ni hablar. Está envenenado.

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—¿Trata de sugerir que han querido matarlo?

—Eso es justamente lo que intentaron.

Duke creyó el momento de intervenir.

—Oye, pelirroja, imagino que debes tener un nombre como las demás chicas. Ese de agente 005 resulta un poco largo.

—Ustedes me pueden llamar Chrystal.

—Demonios, Chrystal —exclamó Lou—. Seguro que si te tomo por el talle te rompo.

La atractiva pelirroja hizo un gesto de coquetería.

—Quizá le permita convencerse de que no me puede romper tan fácilmente.

—Chrystal —dijo Martin—. El Gran Duque quisiera ir al grano.

—Oh, sí, me hago cargo... Tendrá que acompañarme.

—Yo voy contigo a dónde tú quieras, pequeña —dijo Lou muy satisfecho.

—Pues vamos ya.

—Sí, vamos —convino Duke.

La joven negó con la cabeza.

—Usted no viene.

—¿Por qué no?

—Porque la reunión se ha preparado sólo para el Gran Duque Polaski.

Lou se acercó a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, Duke, pero alguna vez me tenía que tocar a mí la mejor chica de la reunión. Pero no te preocupes. Sabré cuidártela.

—No puedes ir con ella solo, Lou.

—Claro que puedo. Hace ya tiempo que dejé la lactancia.

—Pero todavía no pasaste el sarampión.

—Me he tomado la temperatura y estoy la mar de bien. Y ahora que lo mencionas, no me importaría pasar el sarampión a medias con la muchacha.

La pelirroja se había ido hacia la puerta, y Duke dijo en voz alta para que ella lo pudiese oír:

—Esto puede ser una trampa.

La joven se volvió y miró a Duke con las cejas enarcadas.

—Señor Martin, dice usted unas cosas horribles. El Gran Duque Polaski ha venido a Estados Unidos para cumplir una misión importantísima, trascendental para el mundo, y yo soy quien lo tiene que poner en contacto con sus interlocutores.

—¿Y de qué van a hablar?

La joven levantó la barbilla.

—Creí que lo sabía usted por ser secretario del Gran Duque, pero si lo ignora, significa que el Gran Duque Polaski no ha depositado

su confianza en usted... Por tanto, no voy a depositarla yo.

—Es usted muy sincera, agente 005.

—No tengo más remedio que serlo en mi profesión.

De repente se oyó una voz rara en la estancia.

—Se presenta el agente 005, y ella es una impostora.

No había hablado ninguna de las tres personas que se encontraban en la *suite*.

La pelirroja fue la más perpleja.

—¿Quién de ustedes ha dicho eso?

—Yo no lo dije —repuso Lou.

—Yo tampoco —dijo Duke.

—Uno de ustedes es ventrílocuo.

—¿Y por qué no has de ser tú la ventrílocua, preciosa?

Lou señaló la cama.

—Demonios, ¿y si ha sido uno de los chinos?...

—No, estaban bien muertos —contestó Duke.

Se oyó de nuevo aquella voz:

—Han sido engañados. El agente 005 soy yo.

—¡Debe ser un micrófono! —gritó Lou—. Y eso quiere decir que de un momento a otro algo puede estallaren esta habitación.

Se oyó un revoloteo y en el marco de la ventana abierta apareció un loro.

—Eh, Duke —dijo Lou—. Mira quién es.

El loro miró hacia donde estaba la pelirroja.

—Soy el agente 005, y ella es una impostora.

—La pelirroja soltó una risita.

—¿De quién es el loro?

—Mío no es —dijo Lou.

—Ni mío tampoco —repuso Duke.

La joven estaba muy sería.

—No tiene gracia esta broma, Excelencia...

—Cuidado, muchachos —dijo el loro—. Esta mujer es mi enemiga... Y seguro que me la va a jugar.

La pelirroja abrió el bolso, le pegó una dentellada a algo que parecía un coco, lo lanzó hacia la habitación y echó a correr.

El objeto lanzado cayó sobre la cama y se puso a echar humo.

—¡Cielos, es una bomba! —gritó Lou—. ¡Lo que yo dije, volaremos en pedazos!

CAPÍTULO VII

El loro salió disparado, se detuvo en la cama, tomó la bomba y, llevándola en el pico, desapareció por la ventana hacia la calle.

Los dos amigos se quedaron observando el hueco.

Lou se cubrió las orejas con las manos.

En ese momento sonó una tremenda explosión.

—Pobre lorito... —dijo Lou—. No habrán quedado de él ni las plumas.

—Sí, Lou, creo que tienes razón. Seguro que quedó asado.

—Me salvó la vida.

—Y a mí también.

—Pero a mí más, Duke. Esa pelirroja tan estupenda me habría cortado el pescuezo... —Sí, tal como han ocurrido las cosas, probablemente se disponía a hacerte picadillo. En ese momento se oyó un aleteo y el loro apareció de nuevo en la ventana. Estaba indemne.

—Se presenta el agente 005 —dijo.

—Es usted el tipo más grande que he conocido en mi vida, señor agente —dijo Lou—. Nos ha salvado la piel...

—Fue fácil... Fue fácil... Fue fácil... Demonios, cómo me hace falta un trago de *whisky*. Cuando paso un susto así, tartamudeo.

Duke se rascó la cabeza.

—Eh, oiga, agente, ¿está seguro de que no es un loro de pega?

—¿Por qué dice eso?

—Nunca oí hablar a un loro tanto.

—Seguí un curso especial de entrenamiento. Soy un loro muy listo... muy listo... muy listo... Caramba, ¿no tienen un trago de *whisky*?

—Lo siento —dijo Lou—. No tenemos, pero lo podemos pedir... ¡Ya me puse nervioso!

—No se cansen. Tomaré el *whisky* cuando llegue a mi casa.

—¿Tiene casa también? —preguntó Duke.

—La de mi jefe.

Lou intervino:

—Y seguro que también tiene una lorita. Usted se merece la más guapa.

—Señor Polaski, he de cumplir mi misión... Vaya esta noche al café de La Rosa. Está en el puerto... Debe preguntar por un tipo con una cicatriz en la mejilla derecha. Usted iniciará una conversación en que mezclará las palabras «El mayor espectáculo del mundo», y él contestará: «Úrsula Andress», con otras palabras.

En aquel momento golpearon en la puerta.

—Gran Duque ¡Polaski...! ¿Se encuentra usted bien?

El loro dijo:

—Me tengo que marchar. Misión cumplida... Cuidado con los chinos... Cuidado con los chinos... Cuidado con los chinos...

Inmediatamente, el loro saltó del hueco y echó a volar desapareciendo de la vista de los dos amigos.

Lou se restregó los ojos.

—Eh, Duke, ¿es verdad lo que ha pasado en esta habitación?

—Sí, es cierto.

—Pero ese loro habla más que un miembro de la Cámara de Representantes.

—Sí, y quizá daría mejor resultado que muchos de ellos.

La puerta se abrió de golpe, y en la *suite entró el sargento Timothy Flagg a paso de carga, con el revólver de reglamento en la mano.*

Duke lo vio llegar y dijo:

—Sigue restregándote los ojos, Lou.

Pero Lou también había visto aparecer al sargento y corrió hacia la ventana, quizá porque pensaba volar como el loro.

—¡Todo el mundo quieto o ya estoy soltando balas! —gritó el sargento.

—¿Qué hace por aquí, sargento? —preguntó Martin.

—Vine persiguiendo a dos delincuentes.

—Magnífico, tropezó con dos amigos que están dispuestos a ayudarle. ¿Dónde están los dos forajidos?

—Muy gracioso, Duke, muy gracioso... Como si no lo supiese. ¡Son ustedes!

—Sargento, nos duele mucho que diga esas cosas de nosotros.

—Déjese de historias, Duke. Esta vez va a caer sobre ustedes todo el peso de la ley.

—No puede acusarnos de nada malo.

—¿Ya olvidó al muerto del cuchillo?

—Ya le dije que no tuvimos nada que ver con la muerte de ese hombre, y en el hotel de Alma Rich había dos muchachas para probarlo.

—No le sirve, Duke. Son cómplices suyas.

—¿Qué?

—Les hice confesar que cada una de ellas había recibido cinco dólares de usted para que mantuviesen la boca cerrada.

Lou empezó a andar con el puño levantado.

—Le voy a estrellar el puño.

—Dé un paso más y lo baleo.

—Bien pensado, dejaré lo del puño para otro día.

—Esta vez no me van a liar.

—¿Cuántas esposas trajo? —preguntó Duke.

—Una para cada uno.

En aquel momento entró en el dormitorio un hombre que ofrecía un aspecto lamentable. Tenía el traje hecho jirones y su cabello echaba humo.

Lou le observó lentamente y dijo:

—Demonios, si es el *maître*...

Duke le señaló con el dedo.

—Pero ¿qué pasó, hombre?

—Una bomba... Yo estaba en la *suite 213* y de pronto entró un loro por la ventana y me la soltó.

Duke señaló al sargento Flagg.

—¿Lo ve usted? Por dejar los loros sueltos.

—¡Eso es! —gritó Lou—. Su deber es atrapar los loros que manejan bombas, y no detener a los honrados ciudadanos...

Duke martilleó:

—¿Qué estamos esperando, sargento? Vamos por el loro.

El sargento empezó a volverse en busca del loro, pero se dio cuenta de la estratagema y gritó:

—¡Todo esto es una soberana mentira! ¡Yo no puedo creer que un loro arroje bombas...!

—¿No? ¿Y qué me dice de lo que acaba de decir el *maître*?

—Este hombre está loco.

El *maître*, a pesar de su destrozo, levantó la cara con mucho orgullo.

—¿Es usted policía?

—Sargento Timothy Flagg, de la Brigada de Homicidios.

—Entonces, siento decirle que es usted un incompetente, sargento. Estos caballeros tienen razón. Fue un loro el que intentó asesinarme.

—También le pagaron, ¿eh?

—El Gran Duque Polaski no necesita sobornarme para decir la verdad.

—A propósito de verdad, sargento —dijo Duke—. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—He empleado mi cerebro.

—Entonces debería estar en una casa de locos.

—Ríanse todo lo que quieran, pero el que ríe el último ríe mejor. Conozco a todas sus bajas amistades, y utilicé el teléfono. De esa forma llegué hasta ese viejo usurero que se llama Samuel Hatton y que tiene una ropería. Sostuvimos una sabrosa conversación... No lo podía creer. Ustedes dos en el Mardor-Astoria y vestidos de *smoking*. Creí que Samuel me tomaba el pelo, pero decidí comprobar su testimonio antes de meterlo en la cárcel... Llego al Mardor-Astoria, y, ¿qué me encuentro? Ustedes están alojados en la *suite 313 haciéndose pasar por personas que no son*.

—Cuidado, sargento, yo soy Duke Martin y en todo momento dije que era Duke Martin.

—Pero él es Lou Bates y en ningún momento ha dicho que es Lou Bates.

Duke señaló al maltrecho Philip.

—Eh, Philip, ¿quién es ese caballero? —Estaba señalando a Lou.

—El Gran Duque Polaski.

Flagg soltó una siniestra carcajada.

—Podrán engañar a un *maître del hotel*, podrán engañar a todas sus amistades, pero no van a engañar al sargento Flagg. Me los voy a llevar esposados. *Alarguen los brazos*.

—Un momento, sargento —dijo Duke.

—¡No puedo esperar más!

—¿Quiere saber la verdad de por qué estamos aquí? Usted es un hombre inteligente y seguramente se habrá preguntado por qué Lou

está haciéndose pasar por el Gran Duque Polaski.

Flagg se sintió intrigado, pero no las tenía todas consigo, porque estaba acostumbrado a las trapacerías de Duke. Por eso cerró un ojo y miró al joven con suspicacia. La curiosidad triunfó como en el negocio de Eva en el paraíso...

—Suéltelo, Duke. ¿Por qué hizo eso?

—Por los chinos.

—¿Qué chinos?

—¿Lo ve usted? No se ha enterado todavía que existen chinos muy malos.

—Ya lo cogí otra vez. ¡Duke!

—¿Por qué dice eso?

—Porque tengo la impresión de que me va a colocar un cuento chino...

—Acertó, sargento. Lo felicito. A esta habitación vino un chino con intención de matar a Lou, pero yo me lo cargué. Luego apareció otro chino.

—Y también se lo cargó.

—No, el segundo se murió solo.

—¿Ya terminó?

—No, todavía no, falta el loro.

—¿Qué loro?

—¿Es que ya no se acuerda de que en este caso, hay un loro, sargento? Hable usted, *maître*.

Philip hizo un gallo con la voz.

—Juro que hay un loro.

El sargento rió con más sarcasmo.

—Duke, admito que usted ha sido siempre un hombre de mucha clase para colocar sus fábulas, pero esta vez se le ha ocurrido la más sucia, la más rastrera, la más estúpida de todas ellas.

—Conque cree que aquí no hay dos chinos muertos.

—Ni medio.

—Lou, manos a la obra.

Los dos amigos se arrodillaron ante la cama y los dos a una tiraron de los chinos que había allí.

El sargento quedó con la boca abierta al ver a los dos orientales que estaban más amarillos que nunca. Se tambaleó como si le hubiesen pegado un mazazo.

—No, no puede ser, dos muertos más...

Había bajado el arma, momento que aprovechó Duke para sacar una de las pistolas que poseía. Luego, dándose mucha rapidez, golpeó con la otra mano en la muñeca de Flagg, y éste quedó desarmado.

Flagg volvió a la realidad y sus ojos relampaguearon furiosos.

—¡No pueden marcharse, asesinos de chinos!

—Flagg, no es usted nada original. Debería imaginarse que Lou y yo estamos metidos en un asunto muy peliagudo.

—Si tienen explicaciones buenas, quédense. El teniente y yo seremos comprensivos y humanitarios.

—Oh, sí, claro, usted se contentará con meternos desnudos en un cuarto y pegarnos duchas con agua helada, hasta lograr nuestra confesión de que también matamos a Kennedy...

El *maître* escuchaba todo aquello sorprendido.

—¿Cuándo despertaré? —rezongó—. Esto no es la realidad, estoy viviendo una pesadilla.

Duke sacó las esposas que Flagg llevaba consigo.

—Acérquense los dos. Los esposaremos a la cama.

El sargento Flagg gritó:

—¡No pueden hacer eso conmigo!

—Vamos, tranquilícese, sargento, será sólo por un rato, mientras Lou y yo vamos a ocuparnos de solucionar el caso.

Lou tuvo que empujar al sargento y Duke lo esposó.

El maître no necesitó ser empujado porque ya estaba conforme con su suerte y quedó asegurado a la cama.

—Aprisa, Lou, antes de que aparezcan más enemigos.

Los dos amigos echaron a correr, pero al abrir la puerta se encontraron con un empleado del hotel y con un tipo alto que tenía una cara feroz. Éste dijo:

—Soy Edward Thompson, el detective del hotel.

—Llega a tiempo, Thompson —dijo Duke—. Vaya corriendo al dormitorio. Un tipo llamado Flagg ha sufrido un ataque de locura. Ha matado a dos chinos y ha convertido al *maître en un despojo*.

El detective sacó su pistola y echó a correr hacia el dormitorio seguido por el empleado. Duke y Lou no esperaron un segundo más porque sabían la que se iba a armar.

CAPÍTULO VIII

Duke y Lou ya estaban lejos del hotel.

—¿Qué nos pasa, Duke? ¿Por qué tenemos tanta mala suerte?

—No te quejes, estás vestido de *smoking*.

—Sí, y también muerto de hambre.

—Pero no me negarás que el trato que te han dado en el Mardor-Astoria ha sido de lo mejor. Has sido el Gran Duque Polaski durante un rato y la gente se inclinó ante ti. Y hasta hubo una pelirroja sensacional a la que encandilaste...

—Pero era una trampa: Sólo quería hacerme reventar de un zambombazo. Me gustaría tenerla un momento entre mis manos para apretarle el cuello.

En aquel momento algo silbó entre los dos amigos y se enterró en la pared. Los dos se detuvieron.

—¡Pasó un abejorro zumbando al lado de mi oreja, Duke!

—No puede ser un abejorro. Está a punto de nevar y los abejorros no pueden vivir con esta temperatura. Era una bala.

—No.

—Sí, Lou. Eso fue. Nos acaban de disparar.

—¿Desde dónde?

—Desde un auto que circulaba por la calle. ¡A correr!

—Cielos, Duke, hay que decirles pronto que están equivocados, que yo no soy el Gran Duque Polaski, que no lo he sido nunca, que sólo soy un exboxeador.

—¿Crees que si nos detenemos nos darán tiempo para explicaciones?

Otros dos proyectiles silbaron, pero los dos amigos se estaban moviendo mucho, y también mordieron en la pared.

—No podemos seguir aquí, Duke. De un momento a otro van a acabar con nosotros. ¿Por qué no volvemos con Timothy y le pedimos de rodillas que nos condene a perpetuidad?

Duke vio un montón de gente que entraba en un restaurante.

—¡Ahí, muchacho!

Se abrieron paso a codazos entre la gente con las naturales protestas, y pronto se encontraron en el interior del establecimiento.

Lou dijo con el aliento entrecortado:

—No me volveré a poner *smoking* en el resto de mi vida.

Un hombre con un gran bigote se acercó a ellos. Tenía aspecto de italiano.

—Bienvenidos, amigos, ustedes deben ser los primos de la novia. Deje que acierte la identidad —señaló a Duke—. Usted debe ser Niño Garaffa y éste es Alberto Garaffa.

Lou iba a protestar, pero Duke le pegó una patada en la espinilla diciendo:

—Lo acertó todo, amigo.

—Yo soy Vittorio Puccini.

—Demonios —exclamó Lou—. ¿Sabes quién es? El autor de aquella ópera que vimos cuando vendíamos chokolatines. Se llamaba *Tosca*, y la fulana se suicidaba al final.

Vittorio sonrió halagado.

—No, amigos, usted se confunde. No soy el compositor aunque tengo el mismo apellido que él. Pero debo decir que soy famoso como mi compatriota.

—¿Qué es lo que hace?

—Salchichas.

A Lou se le hizo da boca agua.

—¿Las traje, señor Puccini? Me gustaría hincar el diente a un par de kilos... Sólo por probarlas, ¿sabe?

Puccini le soltó una palmada.

—Ustedes son de la familia. Vengan conmigo. Se sentarán en la mesa de la presidencia. El banquete va a empezar.

Al oír aquella palabra, Lou se tambaleó.

—Cuidado, muchacho —lo sostuvo Duke—. No te desmayes ahora. Sería peligroso.

—¿Has visto a un Chino?

—No, he visto una cosa mejor.

Duke tenía puestos los ojos en una morena que estaba sentada en la mesa presidencial, cerca de los novios.

Era una joven de veinticuatro o veinticinco años con una cara muy bonita y una figura sensacional de cintura para arriba. Duke se preguntó cómo estaría de cintura para abajo. A la primera oportunidad la haría saltar de la silla.

Vittorio Puccini se había apoderado de ellos y los empujaba hacia la mesa, que era justamente el lugar adónde los amigos querían ir.

Lou se quedó en una esquina, pero Duke no se conformó con aquel puesto y dio la vuelta a la mesa porque descubrió una silla libre al lado de la hermosa joven. Sin embargo, iba a llegar tarde porque un tipo muy alto, muy rubio y muy guapo, le sacaba ventaja y ya se disponía a sentarse.

—Eh, rubio —dijo Duke—. Allá preguntan por ti.

Duke estaba señalando al otro extremo del salón. El rubio picó porque miró hacia allí y, entonces Duke, se sentó en la silla.

La morena pareció darse cuenta de la estratagema y sonrió.

El rubio tocó en el hombro de Duke.

—Eh, amigo.

—¿Qué pasa?

—Ahora te llaman a ti.

—Oh, sí, debe ser mi tía la de Nápoles. Dile que sigo haciendo los espaguetis.

—Te crees muy gracioso, ¿eh, muñeco?

—No te pongas así, hombre.

—¿Vas a salir por tu propio pie, o prefieres volar?

Duke se levantó y, echándose sobre el rubio, le aplastó contra la pared al tiempo que le enseñaba la pistola que había sacado del bolsillo.

—¿Decías algo, rubio?

El rubio vio la pistola y la nuez le bailó en la garganta.

—¿Yo?... Oh, nada, de ninguna manera, no decía nada...

—Eso creía.

El rubio se alejó de allí y Duke guardó la pistola y ocupó la silla.

La joven le miró con asombro.

—¿Cómo has conseguido que Luigi se conformase?

—Soy un tipo muy persuasivo, sobre todo con las damas.

—Pues conmigo no tienes nada qué hacer. No me gustan los bravucones, señor...

—Garaffa. Alberto Garaffa. Lindo, ¿eh?

—Ni pizca.

—Lo mismo digo yo, ¿y cuál es el tuyo?

—No te diré por nada del mundo que me llamo Rosanna Simonelli... Oh, va te lo he dicho.

—Como compensación, no me digas la edad aunque te lo pregunte.

—Esas cosas no se preguntan, pero soy muy joven.

Duke descubrió algo que no le gustó. A un chino.

—¿Eh, quién es ese tipo, Rosanna? ¿Lo conoces?

—Claro. Fun.

—¿Y a qué se dedica Fun?

—Es funerario.

—¿Cómo no lo acerté antes? Era la mar de sencillo. —Duke vio otros dos chinos entrando por la puerta—. ¿Y éstos, Rosanna?

—Deben ser empleados de Fun... ¿Qué te pasa? ¿Por qué haces tantas preguntas, Alberto?

—Me gusta saber dónde me meto.

Duke observó a Lou, que estaba comiendo a cuatro manos, pero era sólo un efecto óptico debido al rápido movimiento de los brazos.

Él también se puso a comer, porque la verdad era que con tanto muerto, se le había abierto el apetito.

—¿Cuál es tu profesión, Alberto? —le preguntó Rosanna.

—Negocios de altos vuelos.

—¿Qué clase de contrabando?

—Rosanna, soy un hombre de mundo, un tipo que va y viene. Hoy vendo una mercancía y mañana otra, pero siempre por el camino honrado. De vez en cuando, para variar, echó una mano a los policías de la ciudad.

—Me estás tomando el pelo.

—Te aseguro que no. ¿Qué es lo que haces tú, Rosanna?

—Soy mecanógrafa.

—¿Y dónde trabajas?

—Con Marcello Campanella. Tiene un negocio de cordelería.

En aquel momento una orquesta integrada por cuatro músicos inició los compases de una pieza, y las parejas de jóvenes empezaron a bailar.

Duke creyó llegado el momento de ver a Rosanna de cuerpo entero.

—¿Bailamos?

—Sí.

La joven se levantó y Duke se sintió mareado porque ante sus ojos aparecieron muchas curvas, todas ellas perfectas, a pesar de su atrevida envergadura.

Fueron al trozo de sala donde se bailaba y Duke abarcó a Rosanna por la cintura.

La pieza era un *jet*, uno de los últimos y espasmódicos bailes modernos. En un momento determinado, la chica se soltaba y empezaba a moverse por su cuenta.

Duke hizo lo que pudo, pero Rosanna superó todo lo imaginable. La hermosa muchacha estaba siendo achicharrada por una corriente de alto voltaje, tal era el ritmo endiablado que imprimía a sus contorsiones.

Eso fue reconocido por otras parejas que se pusieron a aplaudir.

Un muchacho de la misma edad que Rosanna le quitó el puesto a Duke, poniéndose delante de ella y acompañándola al mismo ritmo.

Duke no tuvo más remedio que conformarse y se retiró prudentemente unos pasos.

De pronto chocó la espalda con algo duro. Se volvió diciendo:

—¿Por qué no mira dónde debe?

Era un chino, quien lo atrapó por el brazo y siguió clavándole aquel objeto duro en su costado.

—No rechiste, señor Martin. Lo que manejo es una pistola y, si aprieto él gatillo, le voy a convertir el hígado en puré.

—Eh, muchacho —dijo Duke—. Sólo tengo un hígado. Cuidado con él, que me sirve.

—Sólo tienes que decirme unas palabras, y te dejaré en paz.

—¿De veras, chinito? Eres muy comprensivo.

—Seguro, Martin.

—¿Qué quieres que te diga?

—El mensaje que tú y tu compañero recibisteis en el hotel Mardor-Astoria.

—No te comprendo.

—Me comprendes perfectamente. Alguien os pasó un aviso. Casi

no puedo creer lo que me dijeron.

—¿Qué te dijeron?

—Que fue un loro.

—Y era verdad, chinito. Fue un loro. Y lo que nos dijo fue: «Cuidado con el peligro amarillo».

—Te la vas a ganar.

—No quise creer al loro y resulta que no se equivocó en nada.

—Martin, no quisiera ensuciar esto con tus sesos.

—Yo también lo sentiría mucho.

—¿Qué te dijo el loro? Y te advierto que es tu última oportunidad.

—Está bien, haré una confesión en toda regla.

—Empieza.

—Aquí hay demasiada gente.

—¿Dónde?

—En los lavabos.

—No es mala idea. Allí estaremos solos. Echa a andar, pero cuidado.

Duke echó a andar, pero tropezó con una silla. Esto distrajo al chino, y Duke le propinó un derechazo que le hizo caer sobre la mesa, arrollando con todo.

Dos chinos echaron a correr hacia Martin.

—¡A mí, Lou! —gritó.

Su compañero que seguía comiendo a dos carrillos, recibió encima al chino que había viajado por la mesa, y, como éste era de poco peso lo atrapó por el cuello y lo lanzó al encuentro de los dos orientales que ya estaban a punto de caer sobre Duke.

—¡A correr, Lou! —gritó Duke.

Lou salió disparado hacia la puerta, y cuando Duke fue a seguirlo, unos brazos femeninos lo atraparon por el cuello. Era Rosanna.

—Alberto, no te vayas, me gustas un rato.

—Tú también me gustas a mí, y volveré pronto a tu lado.

Besó a la joven, y desembarazándose de ella, corrió tras de su amigo al que alcanzó en la calle.

Movieron muy aprisa las piernas alejándose del restaurante.

Al fin Lou se detuvo apoyándose en la pared.

—No puedo más, Duke, tengo el estómago lleno...

—Muy bien, si quieres morir a manos de los chinos, es cosa tuya.

Fue bastante para que Lou sacase fuerzas de los talones y reemprendiese el paso ligero junto a Duke.

—Eh, Duke, no podemos ir a ese café La Rosa andando o yo necesitaré tres o cuatro años para llegar.

—No tenemos dinero para pagar un taxi.

—Eso no fue nunca problema para ti, Duke.

—Creo que tienes razón.

Se metieron en un taxi y Duke dio al conductor la dirección del café La Rosa.

Apenas habían recorrido cincuenta yardas cuando un auto se puso a su altura y, en un momento determinado, los embistió por la izquierda. El taxista frenó para evitar la colisión contra una farola.

Lou cayó sobre Duke impidiéndole sacar la pistola.

Eso resultó fatal para los dos amigos porque la portezuela de la derecha se abrió y un nuevo chino les apuntó con una gran pistola.

—Bajen de ahí inmediatamente y no intenten nada o los baleo.

Duke no tuvo más remedio que obedecer.

Otro oriental demostró su eficacia porque en dos segundos despojó a Duke de las pistolas que guardaba en los bolsillos.

—Suban a ese coche —se refería al auto que los había embestido.

Duke y Lou se sentaron en el asiento trasero, donde ya había un chino, y los otros ocuparon banquetas frente a ellos. Enseguida, el auto arrancó haciendo gemir los neumáticos.

Duke rompió el silencio:

—Oigan, amigos, creo que aquí hay un tremendo error.

El chino que parecía más viejo sonrió enseñando unos dientes un poco carcomidos.

—El único error lo cometieron ustedes. Debieron comunicarnos el mensaje del loro.

—Amigo, ¿cuál es su nombre?

—Wang Yung Lo.

—Entonces entérese de una vez por todas de lo siguiente, Wang. No somos las personas que ustedes oreen.

—Muy gracioso, señor Martin. Pero no es con usted con quien quiero hablar, sino con el Gran Duque Polaski.

—Ahora va a recibir la mayor sorpresa de todas. Éste no es el Gran Duque Polaski.

—Ése fue el mejor chiste de todos.

—Celebro que le guste... Le presento a mi amigo Lou Bates que por un rato ha sido el Gran Duque Polaski.

Wang Yung Lo rió hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos.

—Tengo que felicitarlo, señor Polaski, aunque ya me han advertido de la facilidad que tiene usted para los disfraces.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó sucesivamente Lou.

—Tenemos una ficha completa de usted, señor Polaski. Conocemos toda su vida como usted mismo... No en balde, los más altos jefes del espionaje internacional lo consideran a usted como el más grande de todos los tiempos.

—Yo paso, señor Wang. No tengo la más ligera idea de lo que está hablando.

—Oh, sí, claro, ya suponía que daría esa respuesta. Según la ficha de que hablamos antes en Alemania ha sido bailarín de tangos, en Francia *gigoló*, en Londres un personaje de los bajos fondos, un psicópata, muy parecido a Jack *el Destripador*. En Roma fue un español pobre, con gran prosapia y mucho cuento. Y ahora, en Nueva York, es un retrasado mental. NO sé qué tal lo haría en sus otros personajes, pero el que está representando ahora es una verdadera maravilla.

—Eh, amigo, yo todavía no le he dicho que es usted un sietemesino. De modo que será mejor que calle.

Wang rió.

—Señor Polaski, es usted genial. Pero esta vez no tiene salvación.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos lo vemos a cargar.

—Pero ¿por qué?

—Usted lo sabe perfectamente.

—Yo no sé nada de nada.

—Señor Polaski, no voy a seguir hablando con usted porque este diálogo no tiene el menor sentido.

Lou gimió:

—Eh, Duke, ¿por qué estás tan callado?... Me van a trinchar y no haces nada por evitarlo.

—No te preocupes, no te va a pasar nada porque estos caballeros se darán cuenta de que tú no tienes nada que ver con el Gran Duque Polaski.

—No conseguirá confundirnos, señor Martin —dijo Wang—, y para que se consuele, le vamos a hacer un favor, morirá con el hombre que lo ha contratado.

—Eh, Wang, no puede estar hablando en serio. Y déjeme que le dé un consejo porque lo necesita. Hay una forma clara de demostrarle que Lou Bates no es el Gran Duque Polaski. Pregúntele al sargento Flagg de la Brigada de Homicidios... Sólo tiene que llamar al hotel Mardor-Astoria. Es posible que todavía esté allí. El sargento sabe quiénes somos nosotros. Nos metimos en este jaleo por un simple azar.

—¿Ya terminó su defensa, señor Martin?

—Desde luego.

—Entonces le comunicaré la sentencia de su apelación: Muerte.

CAPÍTULO IX

El auto se detuvo ante una puerta de hierro y el conductor dio tres golpes de claxon. Tras unos segundos de espera, la puerta fue abierta eléctricamente por control remoto.

El coche corrió por un camino bordeado de árboles y llegó a una casa que había en el fondo.

Un hombre occidental y dos orientales estaban al pie de una escalinata.

Duke y Lou salieron del auto y no intentaron nada porque estaban en inferioridad de condiciones.

Duke se dirigió al occidental.

—¿Es usted el jefe de esta gente?

—Supóngalo.

—Quiero protestar ante el jefe y, si usted sólo es un esbirro, será mejor que nos conduzca ante él.

—No me llame esbirro, señor Martin, o le echaré las muelas abajo antes de meterle la bala en la nuca.

—Entonces dígame un nombre para que no le llame tampoco bastardo.

Durante un momento los ojos del hombre destellaron con intensidad y Duke pensó que se había ganado la píldora de plomo.

—Soy Adam Baxter. Sígame, quiero presentarle a mi jefe.

Los dos amigos entraron en la casa custodiados por el enjambre de chinos y fueron a una biblioteca.

Sentada en un sillón había una rubia de escalofriante hermosura. Su tamaño era el de Sofía Loren, y en lo demás no cedía un ápice a la actriz italiana. Fumaba un cigarrillo en una larga boquilla y con la otra mano sostenía un vaso de *whisky*.

—¿Cómo está, Gran Duque Polaski? —preguntó a Lou.

—Estaría mucho mejor con usted a solas.

—Lou —dijo Duke—. No le contestes cuando se dirija a ti

Mamándote Polaski. Tú no eres Polaski.

—Es cierto, ya lo había olvidado, esta rubia me mareó.

—Es lógico porque a mí también ya me da vueltas todo.

Duke trastabilló y cayó sobre el regazo de la rubia.

—Eh, ¿qué hace usted? No es un niño para estar sobre mis rodillas.

—Eso quisiera ser yo, un infante de seis meses.

—Se equivoca, le daría avena. ¡Quitadme este tipo de aquí! —gritó la rubia.

Adam Baxter sacó una pistola y apoyó el cañón en la cabeza de Duke.

—Dígame que lo mate, Miriam, y acabo con él ahora mismo.

—Le aconsejo que no de la orden —dijo Duke—. La pondría perdida.

—No dispaes, Baxter. Mi plato favorito son los sesos y no quiero aborrecerlos.

Adam Baxter pegó un golpe de conejo a Duke en el cuello y el joven rodó por el suelo. Lou gritó:

—Esto lo va a pagar ahora mismo.

Un chino le clavó la pistola en el estómago y Lou se detuvo diciendo:

—Bueno, lo dejaré para mañana.

Duke se levantó dando trompicones. Pretendía arrebatarse la pistola a Adam, pero no lo consiguió porque el lugarteniente de Miriam comprendió la maniobra a tiempo y puso el dedo en el gatillo.

—Martin, deja de hacer el payaso o te tumbo para siempre.

Se hizo un gran silencio en la estancia y Miriam dijo:

—Señor Polaski, vamos a poner las cartas sobre la mesa.

—Eh, Duke, ¿trajiste dinero para una partida de póquer? La señora nos está invitando. Duke hizo chascar los dedos.

—Maldita sea. No tengo ni un centavo, pero me llegaré en un momento por plata. Por favor, guárdenme una silla. No me quiero perder la partida.

Se volvió hacia la puerta y la rubia gritó:

—¡Si da un paso más, cárgatelo, Baxter!

Martin se quedó con una pierna en alto, como una cigüeña, porque no quiso dar un paso más.

Miriam habló de nuevo.

—La posición de ustedes dos es delicada. Lo es tanto que, como sufran otro error, se van a ir al infierno.

Duke sacudió la cabeza.

—Está bien, Miriam. ¿De qué se trata?

—Son ustedes nuestros prisioneros, y si se comportan bien, todavía podrían salvarse.

—Imagino que tendremos que hacer algo a cambio.

—Sólo tienen que hablar.

—Magnífico, es lo que a mí me gusta. ¿Le parece bien que hablemos de cine?

—No.

—¿De teatro?

—No hago el tonto, Martin. En realidad usted, se va a callar porque el que va a llevar la voz cantante será el Gran Duque Polaski.

Lou se movió inquieto.

—Oiga, yo preferiría que hablase Martin. Soy un tipo con muy poca cultura.

El chino llamado Wang Yung soltó una risita.

—Miriam, nuestro amigo Polaski sigue interpretando su papel de escoria humana.

Los ojos de la atractiva rubia relampaguearon.

—Duque Polaski, yo le voy a ayudar un poquito.

—Estupendo. ¿Por qué no nos vamos juntos al hermoso jardín que vimos a la entrada y nos comemos juntos una tortilla de patatas?

—Fuera bromas o estos chinos le darán un poco de tormento.

Lou miró a los orientales, y no le gustó nada la forma en que lo miraban.

—Fuera la tortilla de patatas, Miriam.

—Señor Polaski, usted ha venido a Estados Unidos para cumplir una misión muy importante, terminar con la guerra del Vietnam...

Aquellas palabras produjeron un gran impacto en la mente de Martin.

Lou lo señaló con el dedo.

—Eh, Duke, ¿yo tengo que hacer eso? ¿Acabar con la guerra...?

—Eso ha dicho ella.

—Pues le voy a decir una cosa, Miriam —repuso Lou—. Las guerras no me gustan. De modo que, si está en mi mano acabar con la de Vietnam, ya puede estar segura de que soltaré el discurso que sea necesario...

—No se haga el estúpido, Polaski. Sabemos que usted representa al Vietnam del Norte, aunque no sea usted ciudadano del Vietnam del Norte... Ha aceptado este trabajo en nombre del gobierno de Hanói a cambio de una paga, porque usted es un soldado de fortuna, un aventurero siempre al servicio del mejor postor. Ha realizado hasta ahora muchas misiones diplomáticas. Tiene fama de conseguir lo que desea. Sí, señor Polaski, ha probado ser un tipo muy eficiente.

—Gracias —dijo Lou esponjándose porque le gustaba eso de ser confundido con un tipo tan importante como debía ser el tal Polaski.

—Usted, señor Polaski —prosiguió Miriam—, tiene que entrevistarse en cierto lugar de Nueva York con un representante personal del presidente de Estados Unidos.

Lou pestañeó un poco confuso.

—¿Ha dicho el presidente de Estados Unidos...? Eh, Duke, ¿has oído también eso?... Nada menos que la crema.

Wang Yung intervino.

—Miriam, creo que el señor Polaski se ha ganado uno de esos tormentos que hemos hecho famosos los orientales. Estoy seguro de que, una vez haya pasado por tal experiencia, dejará de interpretar el repugnante papel de hombre que no sabe nada...

Miriam puso otro cigarrillo en la boquilla mientras decía:

—Quiero tener un poco de paciencia con el señor Polaski, hasta que acabe de decirlo todo. De modo que te voy a pedir un favor, Wang. Cierra el pico hasta que yo te lo ordene.

—Como tú quieras, Miriam.

La hermosa rubia hizo chasquear los dedos y Adam Baxter le ofreció la llama de un encendedor de gas.

Después de encender, Miriam exhaló los ahorros de humo por los agujeros de la nariz, y, dirigiéndose a Lou, dijo:

—Señor Polaski, nosotros pertenecemos a una sociedad que no puede consentir ese arreglo pacífico que usted quiere conseguir en nuestro país.

Duke medió:

—¿Y qué sociedad es ésta?

—La NOUS, que quiere decir Nuevo Orden Universal de Superhombres.

CAPÍTULO X

—Miriam —dijo Duke—, siento decepcionarla, pero jamás he oído hablar de esa sociedad.

—Me importa un rábano que usted haya oído hablar de la NOUS.

—Eso de Nuevo Orden suena a nazi... Y sobre todo es nazi el concepto de superhombre.

—El mundo es un caos, señor Martin, y camina hacia su destrucción. Sólo existe una forma de impedirlo: que unos cuantos privilegiados de mente clara asuman el poder.

—¿Y quién es el loco que ha tenido esa brillante idea?

—No diga eso, señor Martin.

—Hubo un tipo que pretendió hacer lo mismo que ustedes, pero él ya murió hace muchos años. Se llamaba Hitler. Ocasiónó una hecatombe universal. Sé, perfectamente, que sus ideas no murieron con él, pero también es lógico porque a los seres enfermos no se les puede arrancar de la mente lo que piensan. Pero entérese de algo importante, Miriam: el mundo tiene mucha cuerda, y ustedes no podrán acabar con el hombre, me refiero al hombre de verdad, al hombre libre, que ama la libertad, que aborrece toda clase de cadenas, al que odia con todas sus fuerzas las imposiciones. No, no podrán acabar con la democracia.

—¿Quiere que le aplauda, señor Martin?

—No solté mi discurso para que me ovacionase, y si ustedes pertenecen a esa porquería de NOUS, significa que tienen ideas contrarias a las mías.

—Es usted un pobre hombre sin voluntad.

—Se equivoca, y es una pena que la historia no le sirva de lección. Ustedes aborrecen a esos hombres que llaman sin voluntad, que consideran pobres de espíritu, y no saben que, cuando llega la hora de la verdad, la hora de la lucha, esos seres que ustedes

desprecian están dispuestos a todo, hasta morir, antes de convertirse precisamente en animales de un rebaño que sólo obedecen a la voz de su amo.

—Basta, señor Martin.

—Muy bien. Dejaremos las teorías —convino Duke.

—No podemos consentir que la guerra vietnamita termine.

—¿Qué son ustedes en realidad? ¿Representantes de fábricas de armas? ¿Cobran un dólar por cada fusil que venden? ¿Cinco dólares por cada metralleta? ¿Cien dólares por cada tanque? Apuesto a que los accionistas más importantes de esa sociedad tan flamante, la NOUS, son fabricantes de armas que sirven para destruir al género humano.

—Sea realista, señor Martin. Nosotros no hemos hecho la división de los hombres. Ha sido cosa de la naturaleza. Los hay estúpidos y los hay listos.

—Oh, sí, y ustedes son de los listos, y muy pocos. La gran mayoría pertenecen a la otra clase, a los estúpidos.

—Ahora lo entendió bien.

—¿Y qué son los vietnamitas?

—¿Vio alguno de ellos?

—En fotografía.

—Es una raza depauperada, Martin.

—Algo así como chinos venidos a menos, ¿eh?

La voz de Wang Yung Lo se dejó oír.

—No son chinos de ninguna manera, señor Martin. Son simplemente orientales. En todas las épocas han existido pueblos que no han tenido otra misión en la vida que ser esclavos de los señores.

—¿Se ha preguntado usted quién decidió eso? ¿Piensa acaso que fueron los pueblos sometidos los que prefirieron la esclavitud? ¿No es más razonable pensar que fue una imposición de los llamados señores?

—No me interesa discutir con usted ese punto. Los vietnamitas son seres inferiores y lo han probado.

—Dice eso porque siempre han estado sometidos a una potencia o a otra. Pero ¿qué podían hacer si se han enfrentado a enemigos con armas superiores? ¿Se ha detenido a pensar que nunca claudicaron, que siempre lucharon? ¿No cree, por el contrario, que

ése es un síntoma de vitalidad, de rebeldía contra su esclavitud?

—Es usted un iluso.

—Ya salió lo de siempre. Soy un iluso, o un ingenuo, porque creo en el hombre, simplemente eso, el hombre, con una cabeza, con dos brazos y dos piernas.

—Tú vas a creer en el hombre por poco tiempo —Miriam levantó la mano con la que sostenía la boquilla—. Eres muy interesante, Martin, pero estás chiflado.

—¿Por qué no os hacéis examinar vosotros por un psiquiatra? Os llevaréis la gran sorpresa.

—No nos gustan tus condenados chistes.

—Da la casualidad que nunca he hablado más en serio.

—Bueno, ya conocemos tus opiniones. Te habrás quedado descansado. Ahora lo que importa es que sois nuestros prisioneros, y que Polaski no asistirá a esa reunión, y que por tanto no se establecerán las bases preliminares para una paz en el Vietnam.

—¿Qué dirá al gobierno de Estados Unidos?

—Quizá les siente muy mal que nosotros hayamos interferido sus planes, pero no nos han dejado otra alternativa... El gobierno se ha visto empujado últimamente por cierto sector de la opinión pública que está en contra de la guerra en el sudeste asiático.

—Sí, ya sé que mi amigo y yo no estamos solos.

—Opinión pública —rió Miriam—. Qué cosa más absurda.

—¿Tú lo crees así?

—La opinión pública es un asunto que compete a los que están en el gobierno. Hoy día, se cuenta con la Prensa, con la radio, con la TV para formar esa opinión. Un gobierno que no puede formar la propia opinión de su pueblo es un gobierno enfermo.

—Gracias por darme la razón.

—¿En qué te he dado la razón?

—En lo del rebaño. Es lo que ustedes quieren. Un rebaño de borregos. Ustedes hacen una señal y ellos mugen, perdón, quise decir que dan su aprobación, chillan y vociferan cuando ustedes lo quieren, y también se quedan mustios, apagados cada uno en su casita, cuando a ustedes les interesa. Qué bien se gobierna así, ¿eh, Miriam? Le sugiero algo para su propaganda. Vendan baberos con el siguiente lema: «Come y calla».

—¡Basta ya, maldita sea! —rugió Wang Yung Lo.

Estaba congestionado, y su mano empuñaba peligrosamente una pistola.

—Es mejor que los matemos cuanto antes.

—No podemos hacer eso —repuso Miriam.

—¿Por qué no?

—Es la mar de sencillo, porque tienen que escupirnos todo lo que saben.

—¿Qué más da? Los tenemos aquí y por tanto no irán a la reunión con el enviado de Estados Unidos.

—Claro que no irán a esa reunión, pero queremos conocer todos sus secretos. Es posible que hayan hecho un doble juego.

—¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, que han podido enviar a dos emisarios. A Polaski y a otro. Tenemos a Polaski, pero ¿y si el otro tipo logra ponerse en contacto con el gobierno? Habría sido un trabajo perdido.

—No creo que hayan utilizado a dos emisarios. Polaski tiene un gran crédito. Estoy seguro de que ha sido el único elegido para esta misión.

—¿Qué dices tú, Polaski?

—Soy el único —contestó Lou precipitadamente, y se golpeó el pecho.

Cada vez se estaba sintiendo más sugestionado por su personaje.

Duke Martin se pasó una mano por la cara. Sabía lo que le esperaba a su amigo, un destino feroz. Naturalmente, él tampoco se libraría, pero apostó consigo mismo a que Lou se llevaría la mayor parte del premio, un premio horrendo que consistía en refinadas variedades de tormento chino.

Lo peor de todo es que ellos no tenían más remedio que sacrificarse, que morir para que el verdadero Polaski llevase a cabo su misión.

—Los vais a llevar al sótano —dijo Miriam—. Quiero conocer la historia de su vida, desde que nacieron.

—Te la puedo contar yo, nena —dijo Martin.

—Eres muy simpático, Duke, ya te lo he dicho, pero tu historia no me sirve porque resultaría muy aburrida.

Martín le guiñó un ojo.

—Te aseguro que hay mucha pimienta.

—Abajo con los dos.

Duke desistió de intentar algo. Allí había demasiada gente. El panorama era muy feo, ya que si los encerraban en el sótano y les llegaban a dar tormento, se encontrarían en condiciones físicas muy malas, para ganar la libertad.

Adam Baxter y Wang los empujaron.

Detrás de ellos se movieron los otros chinos y así fue como entraron en el sótano. Bajaron por una escalera de piedra.

Lou soltó un gemido.

—Eh, Duke, mira eso...

Se refería a todo un instrumental de los varios tormentos que había visto en los filmes de terror, desde el potro hasta las gruesas cadenas que pendían de las argollas.

CAPÍTULO XI

Un tipo con la cabeza rapada y el torso desnudo, fuerte como un gorila, manejaba una fragua en donde había varias barras de hierro. Sacó una que estaba al rojo y rió.

—¿Me traen clientes? —dijo.

Martin señaló a Adam Baxter.

—Aquí tiene un tipo que se quiere hacer un rizado de pelo.

—Es a ti a quien van a hacer la permanente —repuso Baxter.

—Eh, yo tengo el pelo muy corto. No podría.

—Alí-Kan hace primores también con los tipos de poco pelo... Pero no va a empezar contigo, sino con tu amigo Polaski.

Lou contestó:

—Nada de pasarme por fuego. Yo soy un tipo de agua.

—Estupendo. Voy a aceptar tu sugerencia. Pasaremos a la piscina.

Adam Baxter hizo una señal para que los dos amigos fuesen hacia el fondo. Efectivamente, allí había una piscina.

Las aguas estaban muy claras, y entre ellas nadaba un tiburón.

—Os presento a «Max» —dijo Baxter—. Un tiburón especial, pescado en el mar del Japón. Es allí donde existen los más voraces. Ya sabéis que en Oriente se pasa bastante hambre y los peces, para no ser menos, también están mal alimentados. «Max» pertenece a una raza especial por su voracidad...

Apartó un trozo de carne que había sobre una bandeja y lo arrojó a la piscina.

El tiburón pareció volverse. Atrapó la carne pegando coletazos y la engulló en un abrir y cerrar de ojos.

—Eh, muchacho —dijo Lou—. Ahora que lo pienso, no necesito un baño. Soy un tipo limpio y ya tomé una ducha antes de venir aquí.

—No te vamos a arrojar ahí entero, Polaski.

—Eres muy considerado.

—Observa la polea que está al lado derecho de la piscina. Te sostendremos ahí y, poco a poco, descenderás hacia las aguas. Te advierto que «Max» salta bastante y, cuando te olfatee, querrá arrancarte un trocito. Lógicamente será una pierna lo que primero caiga en sus fauces. Entonces, cuando te veas sin tu remo, tendrás que hablar mucho. Todo lo que nosotros queremos saber...

Lou se había quedado pálido y se tambaleó, pero uno de los chinos le puso una pistola en la espalda y ése fue el mejor frasco de sales para que se recuperase.

—Martín —dijo casi sin voz—, por lo que más quieras. Convéncelos de que yo no soy el tipo que ellos creen que soy.

—Ya lo intenté y no sirvió para nada.

—Inténtalo otra vez.

—Son gente muy desconsiderada, y ya oíste que no tienen en cuenta ninguna opinión. Para ellos tú eres Polaski y no hay nadie en el mundo que los haga cambiar de idea.

—Conozco a alguien que los hará cambiar, Martin. El propio Polaski, pero ¿dónde demonios está ese hombre? ¡Este tiburón me va a comer a mí y no a él!...

Wang intervino:

—Señor Polaski, admito que es usted un hombre muy temerario. Su ficha lo dice.

—Y duro con mi ficha... Oiga, ¿por qué no mira la que tengo en la policía? De paso, comprobará mis huellas dactilares. Ésa es mi verdadera ficha y no la que usted tiene.

—Ha hecho frente a los mayores peligros, pero sería estúpido por su parte hacerse comer por «Max». Sólo tiene que decirnos de qué forma fue comisionado para esta misión. ¿Qué otra persona le ayuda? ¿Qué planes tienen los de Vietnam para el caso de que usted no pudiese realizar su trabajo?

—Oiga, no sé nada de nada.

Wang dio un suspiro.

—Lo siento. He hecho ya lo humanamente posible por impedir que le den tormento. Si usted cantase, nos limitaríamos a meterle una bala en la nuca. Sería una muerte rápida y dulce. Y le voy a agregar algo más, señor Polaski. Le podríamos conceder hasta una última petición, como a los condenados a muerte.

—Estupendo. Déjeme que haga la petición... Quiero comer, a ser posible, con esa nena llamada Miriam.

—Se lo concederé si habla.

—No puedo hablar porque no sé nada.

—Qué lástima. Se quedó sin comida y sin rubia. Muchachos, sujetadlo en la polea y ofrecedle un trozo a «Max».

Dos chinos corrieron hacia Lou, pero Duke se revolvió y pegó un puñetazo a uno de ellos enviándolo contra la pared.

Adam le apuntó a una pierna.

—Una tontería más y te baleo la rodilla.

Duke no pudo hacer más.

Alí-Kan soltó una risita gutural. Todavía seguía manejando su barra al rojo vivo.

—¿Le doy unos pases mágicos para convencerlo? —sugirió—. Bastará con que le queme las axilas.

—Se las quemas a tu tía, animal —dijo Lou.

—Entonces confórmate con tu suerte o te achicharro.

Duke no podía dejar que atrapasen a Lou y lo metiesen en la piscina, porque se quedaría sin una pierna cuando menos. En tal caso, sólo estaría él para enfrentarse con sus enemigos.

Dos chinos ya habían atrapado a Lou y lo empujaban hacia la barra de donde lo iban a colgar.

—Ustedes ganan —dijo Duke—. Van a saberlo todo.

Adam Baxter enarcó las cejas.

—¿He oído bien, Martin?

—Lo he dicho con claridad, pero lo repetiré con otras palabras. Voy a confesar todo el plan para llegar a una paz con el Vietnam.

Wang protestó indignado.

—Martin no debe saber nada porque es cosa de Polaski.

—Polaski me lo contó todo —repuso Duke.

—¿Por qué había de contártelo?

—Porque soy su colaborador en Estados Unidos.

Adam y Wang se miraron porque ambos titubeaban en dar crédito a Martin.

Al fin, Baxter dio una cabezada.

—Nacía cuesta oírle.

—Tienes razón —convino Wang—. Sabremos si dice la verdad o sólo trata de ganar tiempo.

—Existe otra persona en Estados Unidos con la misma misión que Polaski —dijo Duke—. Vosotros disteis en el clavo. Sabíamos que Polaski podía caer en manos enemigas y por eso se eligió otro emisario.

—¿Quién es? ¡Dilo! —exclamó Wang.

Duke soltó el nombre que tenía en la mente.

—Rosanna Simonelli.

—¿Quién es Rosanna Simonelli? —preguntó Baxter.

Le contestó Wang Yung.

—Había una joven con Martin. Se llamaba Rosanna. Me estoy refiriendo al restaurante italiano donde él y Polaski buscaron refugio.

—Parece lógico.

—Sí, puede ser. Continúa hablando de Rosanna. ¿Qué sabes de ella?

Duke tuvo que inventar con rapidez.

—Rosanna Simonelli, veintitrés años, morena, ojos negros... Hija de Elena y Francesco... Entrenada en el cursillo 3 A de sabotaje de 1961, en el cursillo de idiomas de 1962 y 1963 que comprendía el ruso, el francés, el chino... Máxima puntuación en *tests* políticos, sociales y económicos. Índice de inteligencia 93,85 sobre una base de 100... Servicios especiales realizados en Cuba, Tíbet y Nueva York... Actualmente en Nueva York.

Duke guardó silencio. Se daba cuenta de que había impresionado mucho a Adam Baxter y a Wang.

Lou lo contemplaba con la boca abierta porque era indudable que era el más asombrado de todos.

—¿Cuál es el domicilio de Rosanna Simonelli? —preguntó Adam.

—No lo sé.

—Conque no, ¿eh? ¿Quieres decirlo con el tormento?

—Quiero dar una explicación para eso...

—Suéltalo, pero procura que sea convincente.

—Nosotros ignoramos los domicilios de los agentes para evitar su captura, es algo elemental. Estoy seguro de que ustedes hacen lo mismo, o tendré que darles lecciones acerca de cómo llevar un servicio confidencial.

Adam Baxter se frotó la mejilla.

—Wang —dijo—, dices que la chica estaba en el restaurante. No debe ser nada difícil para ti atraparla.

—Es posible que todavía esté en el restaurante, pero suponiendo que no esté, también la capturaremos.

—Date prisa. Llévate a los hombres que necesites.

—Me basta con tres muchachos. Volveré en cuanto pueda.

Duke Martin sintió que la sangre se le helaba en las venas. Ahora se daba cuenta de que había cometido un acto irreparable contra Rosanna. La había condenado a caer en manos de los chinos.

Sintió impulsos de decir que había mentido, que todo era una trampa, pero los chinos habían salido ya del sótano.

CAPÍTULO XII

Ya había quedado el sótano muy despejado de enemigos.

Tenían que escapar cuanto antes para evitar que Rosanna cayese en manos de los orientales.

Ésa era la decisión de Duke Martin y ya no le importaba lo que pasase. Podían echarlo con «Max» o ponerle la barra al rojo vivo en los ojos, como a Miguel Strogoff. Sólo quería salvar a Rosanna, puesto que él la había metido en el lío.

Por ello saltó sobre Adam Baxter al tiempo que daba un grito:

—Al trabajo, Lou...

Logró atrapar la muñeca armada de Baxter y se lo llevó rodando por el suelo.

Lou soltó un sopapo a un chino y lo mandó derecho a la piscina, en donde fue recibido por «Max», que armó un gran revuelo, quizá dándole las gracias por el regalo.

El chino lanzó un grito y ya no pudo decir más porque fue comido a dentelladas.

Alí-Kan rugió como un animal en la jungla. Tenía en su mano la barra de acero y echó a andar hacia Lou.

—Ven aquí, Polaski. Te voy a marcar como una res.

—¿Por qué no te marcas el trasero tú mismo?

—Ahí tienes mi respuesta.

Alí-Kan lanzó hacia delante la barra como si fuera una espada.

Lou saltó dejando pasar por su lado el instrumento al rojo vivo y replicó con un tremendo rechazazo que llegó a la mandíbula de Alí-Kan, el cual salió volando por al aire.

Duke pegó entre los dos ojos a Adam Baxter y éste perdió la pistola pero no el conocimiento.

Duke atrapó el arma y se revolvió muy a tiempo porque uno de los chinos se disponía a vaciar su cargador. Apretó dos veces el

gatillo.

El chinito, con dos balas en el pecho, se tumbó para dormir el último sueño.

Alí-Kan ya repuesto, atacó a Lou, y, en su camino, atrapó un hacha.

Iba a partir en dos a Lou, pero éste, en el momento preciso, saltó otra vez.

Alí-Kan, al fallar el golpe, cayó en la piscina soltando un escalofriante aullido.

Lou se acercó a la piscina y dijo:

—Eh, «Max», cómo te estás poniendo, granuja.

Baxter cometió un error. Gateó hacia la pistola del chino que cayó en la piscina.

Rodó por el suelo con mucha ligereza, y cuando quedó de bruces, ya tenía el arma lista para emplearla contra Duke, el cual había sido sorprendido por la maniobra.

Sin embargo, el joven reaccionó a tiempo y puso en camino otro proyectil.

Baxter recibió el plomo entre los dos ojos y allí se quedó cómo estaba, de bruces, pero con la cabeza hecha puré.

Los dos amigos eran dueños de la situación.

—Aprisa, Lou. Hemos de librar a Rosanna de Wang.

—Pobre muchacha. Era mona, ¿verdad?

—Quiero que siga siendo mona, pero no lo será si cae en manos de esos condenados orientales.

—Oh, sí, claro. Querrán sacarle lo que ella no sabe y le desfigurarán el rostro.

—No me recuerdes eso.

Los dos amigos llegaron a lo alto del sótano.

Cruzaron el vestíbulo.

Un tipo les mandó una bala desde lo alto de la escalera.

Duke replicó con mucha metralla y el individuo en cuestión, un oriental, rodó por las escaleras con mucho peso encima.

—Larguémonos —dijo Duke.

—¿Y Miriam?

—No tenemos tiempo para ocuparnos de ella y probablemente ya no estará aquí o se habrá escondido.

Salieron de la casa.

A la izquierda estaba la cochera con las puertas abiertas.

Corrieron hacia allí y vieron en el interior un «Cadillac» blanco.

—¿Qué pasa con el portón de hierro? —preguntó Lou cuando ya se habían puesto en marcha.

Efectivamente, el portón estaba cerrado, y Duke sabía que se abría desde la casa por medio de un botón.

Apretó el acelerador.

El «Cadillac» embistió poderosamente contra la puerta de hierro que se derrumbó con muchos chispazos.

Unos segundos después, el auto corría a una velocidad superior a las ochenta millas, pero Duke tuvo que aminorar porque aumentó la intensidad del tráfico.

Al llegar al restaurante, saltaron del vehículo.

Del local salían muchas voces y eso quería decir que la celebración de la boda italiana no había concluido.

Un borracho trató de colgarse del cuello de Duke y éste lo apartó de un manotazo.

Entró en la sala en donde se había celebrado el banquete y la pelea que culminó con la huida.

Muchas parejas de jóvenes continuaban bailando.

Duke no vio a Rosanna y sintió que el corazón le daba un vuelco. Había llegado demasiado tarde.

—¿Dónde está Rosanna? —Oyó a Lou—. Maldita sea, ya la raptaron.

En ese momento, Duke descubrió al rubio y fue hacia él.

—Eh, amigo, ¿dónde está la chica?

El rubio había bebido y sonrió pestañeando.

—No quiere ni verte.

—¿Por qué?

—Porque armaste un gran jaleo aquí.

—Deja que sea ella quien me lo diga... ¿Dónde está?

—La llamaron por teléfono.

Duke atrapó por el cuello al rubio y le puso el hocico de la pistola entre los ojos.

—Había rápido o te dejo feo para el resto de tu vida. ¿Dónde tenía que ir Rosanna?

—A la puerta de la pastelería de Peda Dave.

—¿Dónde está eso?

—Media milla más abajo.

—¿Cuándo se fue Rosanna?

—Hace cinco minutos.

Duke echó a correr y Lou galopó detrás.

Montaron en el «Cadillac» que habían dejado a la puerta y Martin lo puso en marcha. Hundió el pie en el acelerador y el auto pegó un salto como un toro al que hubiesen clavado un agujón.

En un par de minutos llegaron a su destino.

—Ahí está la pastelería, pero no veo a Rosanna.

Duke frenó y saltó del auto.

Martin entró antes que Lou. Rosanna forcejeaba con dos chinos y Wang sonreía satisfecho, teniendo bajo sus pies, sin sentido, a un hombre con bata blanca, probablemente el dueño del negocio.

—Hola, muchacha —saludó Duke con alegría.

Wang miró con asombro al joven y movió la mano hacia la axila para sacar una pistola. Duke llegó ante él y le pegó un zurdazo.

Wang adquirió una gran velocidad, corrió por el negocio y hundió la cabeza en una bandeja de merengues.

Lou cayó sobre los dos chinos que trataban de reducir a Rosanna.

Wang giró con toda la cabeza llena de merengues y esta vez ya tenía la pistola en la mano, pero Duke también había exhibido la suya y apretó el gatillo.

Wang recibió un impacto en el estómago, escupió parte del merengue y cayó en el suelo entre aullidos.

Lou había atrapado a los otros dos orientales por el cuello e hizo chocar sus cabezas. Sonó un ruido a cascajo y los dos chinos se abatieron sin conocimiento.

Rosanna cayó en brazos de Duke, el cual la atrapó contra sí.

—No te inquietes, Rosanna. Ya no estás en peligro.

La joven lo miro con sus grandes ojos negros.

—Duke, menos una que llegaste a tiempo. ¿Por qué me atacaron esos chinos?

—Te lo contaré más tarde.

El dueño del negocio volvió en sí y Duke le dijo:

—Ya puede llamar a la policía.

—Pero ¿qué ha pasado aquí, por todos los infiernos? Duke no se lo contó porque tenía mucha prisa y corrió velozmente llevando

consigo a Rosanna.

Lou gritó inocentemente al pastelero:

—Dele recuerdos de mi parte al sargento Flagg.

CAPÍTULO XIII

Duke y Lou estaban sentados a una mesa de un bar, en compañía de Rosanna Simonelli. Martin había contado toda la historia a la joven.

—En menudo lío os habéis metido —dijo Rosanna.

—Y que lo digas, preciosa —asintió Duke.

Lou se frotó las manos.

—Bueno, ya no hay por qué preocuparse. Estamos a salvo. Ahora nos iremos a la barca de Tom Turner. Será nuestro escondite, Rosanna.

—Vosotros iréis a la barca, pero yo me iré a mi casa.

—No te puedes ir a tu casa —opuso Duke.

—¿Por qué no?

—Porque esos hombres no te dejarán en paz. ¿Es que no lo has entendido, Rosanna? Eres la colaboradora de una misión pacífica y ellos quieren la guerra.

—He dicho que me iría a mi casa porque ahora estáis en condiciones estupendas para llamar a la policía.

Lou dio un respingo y derramó parte de su café sobre sus rodillas.

—¿Qué te pasa, Lou? ¿Eres alérgico a la policía?

—No te lo puedes imaginar.

Duke tomó una mano de Rosanna entre las suyas.

—Escucha, linda. Teniendo en cuenta lo que ha pasado, cabría suponer que Lou y yo deberíamos estar libres de toda sospecha.

—Así debe ser y será.

—No, Rosanna.

—Yo atestiguaré en vuestro favor.

—Me temo que no servirá de nada contra el sargento Flagg.

—Pero tenéis al teniente Hunter. Tú has dicho que es un hombre más inteligente que Flagg.

—Esta vez no nos servirá de nada el teniente Hunter.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón de que todo está demasiado liado. ¿Cómo quieres que le cuente al teniente Hunter que Lou y yo estamos mezclados en un asunto internacional que interesa al mundo entero? Lo siento, Rosanna, pero Lou y yo tenemos fama de granujas.

—¿Y no lo sois?

—Claro que no. Lo único que nos pasa es que nos metemos en muchos líos, pero siempre peleamos en el bando que tiene razón. Toma como ejemplo lo que está pasando ahora, y te servirá para sacar una conclusión definitiva...

—La has convencido, Duke —dijo Lou—. Nos vamos todos a la barca.

—Está bien —susurró Rosanna—. Pero no podemos vivir en esa barca eternamente.

—No te preocupes. Estaremos poco tiempo. ¿Tienes padres para avisarles?

—Sólo madre, y yo misma le telefonaré para que no esté preocupada. Le diré que me voy a pasar el fin de semana con una amiga.

La joven se marchó a la cabina telefónica.

Al quedar a solas, Lou dijo:

—Ya verás cómo te gusta la barca de Tom.

—No voy a quedarme en la barca.

—¿Cómo?

—Quiero atrapar a esa gente.

—Tú solo no puedes hacer nada.

—Admito que ellos son muchos, pero he de intentarlo.

—Duke, ¿por qué no eres un hombre práctico?

—Oh, sí, he de ser un hombre como Adam Baxter y dejar que los infelices caigan en la esclavitud.

—El mundo es cosa muy grande.

—Vaya, es un gran descubrimiento tuyo, Lou.

—No me has entendido... Quiero decir que en el mundo hay muchas clases de policías. Tú mismo me lo has dicho. Está la Interpol, y aquí tenemos al FBI y también está la CIA. ¿Por qué no se han de ocupar ellos de esos asuntos?

—Quizá porque lo ignoran.

Rosanna regresó de la cabina.

—Ya está avisada mi madre. Nos podemos ir.

—Perdona, Rosanna, pero no tenemos con qué pagar la consumición.

—No os preocupéis. Llevo dinero en el bolso.

—Te invitaré a cenar en otra ocasión para compensarte.

—No digas tonterías. Existen otra clase de compensaciones, Duke.

Martin sintió un escalofrío por la espalda porque Rosanna era digna de ser compensada. Viajaron en el «Cadillac» hasta la orilla del Hudson en donde Tom Turner tenía su barca. Tom Turner era un simpático viejo de unos sesenta y cinco años, que recibió con mucha alegría a sus antiguos amigos y que dijo estar muy honrado porque Rosanna se encontrase bajo su techo.

Tom anunció que había pescado un lucio a mediodía y que lo estaba preparando con una salsa picante.

—Será una cena sonada —agregó—. Tengo el vino que necesita el lucio. Un semi seco griego que me trajo un amigo que está embarcado.

—Yo tendré que dejaros —dijo Duke.

—Eh, ¿adónde vas, Duke? —preguntó Rosanna.

—A terminar lo que empecé.

—¿Sigues empeñado en arreglar ese negocio a tu manera?

—Si nos quedamos quietos, sabrán la verdad: que Lou no es Polaski.

—Creo que acabas de dar en la diana, Duke... Quizá no lo pensaste hasta ahora, pero el verdadero Polaski no ha caído en manos de esa pandilla de esquizofrénicos. Fue Lou el que ellos tuvieron.

—Eso no sirve para mí. Lo cierto es que existe una confabulación en Estados Unidos para impedir que nuestro gobierno llegue a un acuerdo para terminar con la guerra del Vietnam.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo.

Lou dijo cabeceando:

—Eso es lo malo, Duke, que se te ocurren ideas, pero no siempre dan buen resultado.

—Cúidala, Lou.

Duke salió de la cabina.

Ya en cubierta, oyó la voz de Rosanna.

—Espera, Martin.

La joven se reunió con él y dijo:

—¿Por qué no me dejas que vaya contigo?

—¿Te has decidido a correr la aventura con un chiflado?

—Tú no tienes nada de loco.

—Gracias, es consolador.

Ella se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Lo hizo con demasiada suavidad para el gusto de Duke y él la apretó más fuerte.

—Anda, vuelve con Lou, Rosanna.

Ella le entregó diez dólares por si necesitaba dinero.

Duke se metió en el coche y ya iba a arrancar cuando Lou llegó corriendo y se sentó a su lado.

—Eh, ¿qué haces aquí, Lou?

—No puedo dejarte solo.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy Polaski.

Duke exhaló el aire.

—Lou, no quiero que vengas a contrapelo y ya te dije que debes cuidar de Rosanna.

—A Rosanna no le pasará nada, por la sencilla razón de que esos tipejos no saben que está en la barca de Tom. Es a ti a quien le puede pasar algo malo, Duke.

—¿A qué viene ese rasgo de valentía?

—Oh, sí, ya sé por qué lo dices. Siempre me estoy preocupando por lo que nos va a pasar y me paso la vida lamentando nuestra mala suerte, pero ahora es distinto.

—¿En dónde está la diferencia?

Lou se rascó detrás de una oreja porque no encontraba las palabras adecuadas. Al fin dijo:

—Lograste impresionarme con el discurso que le soltaste a Miriam; ya sabes, esa historia de los pueblos esclavizados y de los tipos que trataban de aprovecharse de ellos. Esa gentuza, los que forman la sociedad NOUS, no se van a salir con la suya.

—Está bien. No sigas o me harás brotar las lágrimas... La verdad

es que te iba a echar de menos, sobre todo en el café La Rosa. Ya sabes, tú eres Polaski, el tipo que ha venido a Estados Unidos para sostener las conversaciones preliminares de paz.

—Sí, pero el tipo que ha de entrevistarse conmigo debe conocer al verdadero Polaski.

—No lo sabemos. Recuerda lo que dijo el loro acerca de la contraseña.

—Demonios, lo había olvidado. Es cierto... conocemos la contraseña.

—Ahí lo tienes, muchacho. Vamos a ese café.

CAPÍTULO XIV

Corrieron en el coche, el cual dejaron en una plaza de estacionamiento cerca del lugar al que se dirigían.

Había empezado a lloviznar y la calle brillaba como el charol a la escasa luz de las farolas.

Lou y Duke caminaron arrimados a la pared.

—Eh, Duke, hace una noche como para que salga Jack *el Destapador* y nos destripe.

—Jack *el Destapador* trabajaba en Londres.

—Pero quizá vino a Nueva York a darse una vuelta.

—Murió hace muchos años, pero la verdad es que no nos hace falta el amigo Jack para que nos liquiden. Esos chinos deben saber desventrar mejor que Jack. Te vas a quedar aquí y yo iré a echar un vistazo por el café.

—¡Está bien, pero no tardes o me congelaré de frío!

Duke entró en el café. La atmósfera estaba llena de humo.

Una mujer de vestido escotado, ojos grandes y pómulos altos, se le acercó, colgándose de su brazo.

—Querido, te estaba esperando.

—Es una suerte para mí. ¿Cómo te llamas?

—Lana, ¿y tú?

—Martin.

—¿Me pagas un trago, Martin?

—Desde luego.

Fueron a la barra y la propia Lana se abrió paso repartiendo codazos a derecha e izquierda.

Bebieron el *whisky* y Duke dijo:

—Lana, busco a un hombre que tiene una cicatriz en la mejilla derecha.

—Aquí hay muchos hombres con cicatrices, pero sólo hay uno que esté marcado en la mejilla derecha. Harry Runyon. Es un tipo

con malas pulgas. ¿Lo conoces?

—Nunca lo vi hasta ahora.

—Entonces será mejor que no vayas a verlo. Dejó dicho al mozo que nadie debía molestarle.

—Conmigo hará una excepción.

Subieron por una escalera.

Se abrió una puerta y un hombre salió dando trompicones. Se echó sobre Duke y éste lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Eh, amigo, fíjese por dónde va.

El fulano, un tipo malencarado, soltó un eructo.

—Déjeme en paz, compañero.

Duke se apartó de él y siguió andando con Lana por el corredor.

Ya habían llegado hasta la puerta número cuatro y Lana llamó con los nudillos.

—¡Váyase al infierno quien sea! —dijo una voz ronca desde dentro.

Duke puso la mano en el tirador y abrió.

Tal como le había anunciado Lana, vio a un hombre y a una mujer. Él mostraba una cicatriz en la mejilla derecha y frisaría en los cuarenta y cinco años de edad.

—¿Harry Runyon? —dijo Duke.

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

—He de decirle algo. Vi en Daitona Beach el mayor espectáculo del mundo. Fue prodigioso. En ese circo trabajaba un amigo de usted y mío. ¿Lo recuerda?...

—¿Se refiere a Milton Copland que estaba loco por Úrsula Andress?

—El mismo.

—Eh, nenas, daros una vuelta por ahí. Mi amigo y yo tenemos que hablar. No necesitamos por ahora vuestra compañía. Ya os llamaremos.

La mujer que estaba junto a Duke le hizo guiñitos.

—Eh, guapo, nunca te vi por aquí.

—No salgo mucho de casa.

—Pues a ver cuando te dejas caer otra vez...

Las chicas salieron y Martin cerró la puerta.

—¿Lo han seguido? —preguntó Runyon.

—No.

—¿Quién es usted?

—Duke Martin.

—¿Qué pinta en esto?

—No hay tiempo para explicaciones, Harry. Le dije la contraseña y usted me contestó. Ahora tiene que hacer el resto.

—Eh, un momento, no tan deprisa. ¿Dónde está Polaski?

—No pudo venir aquí.

Harry titubeó un poco.

—Las cosas no están claras, Martin.

—¿Por qué no?

—Soy un agente secreto del gobierno americano y esta conferencia es muy importante. No puede fracasar.

—Soy de la misma opinión.

—Pero hay cosas que no me gustan, Martin.

—¿Por ejemplo?

—Polaski tenía que estar en la *suite 313 del Mardor-Astoria*. Cuando llegase, nosotros estableceríamos contacto con él a través de nuestro agente 005. ¿Está de acuerdo, Martin?

—Sí, desde luego.

—Contésteme ahora. ¿Quién es el agente 005?

—Un loro.

—Ha respondido bien.

—Gracias por haberme aprobado el examen.

—Todavía no, Martin. Hay muchas cosas que exigen explicación.

—Oiga, Harry, ¿no cree que estamos perdiendo un tiempo precioso?

—Quiero tener todas las garantías de que el emisario de nuestro gobierno se entrevistará con el verdadero Polaski.

—Ya falló, Harry.

—¿Cómo?

—Hasta ahora no ha habido ningún verdadero Polaski. El hombre que ocupó la *suite 313 es mi amigo Lou Bates*.

Harry hizo un movimiento rápido y en una fracción de segundo tuvo en su mano una pistola.

—Eh, ¿qué hace, Harry? —preguntó Duke.

—Señor Martin, he sobrevivido a una guerra caliente, y a otra fría. Esta cicatriz que ve en mi cara me la hicieron en cierto lugar de Europa. Y tengo otros recuerdos en el cuerpo. Le aseguro que

presté los servicios más peligrosos, muy lejos de mi país. Ahora trabajo entre Washington y Nueva York. Comprenda que sería estúpido por mi parte dejarme matar en mi país. Por evitar eso, estoy dispuesto a matar a quien se ponga por delante. Y usted está ahora delante.

—No se excite, Harry. Si es usted la persona que asegura ser, estamos luchando en el mismo bando.

—Pero ha confesado que ese Polaski es un falsario como usted.

—Eso le debe indicar que, tanto mi amigo como yo, obramos de buena fe.

—Cuénteme la historia completa, pero procure ahorrar saliva. El tiempo está contra nosotros.

Martin hizo un resumen de lo que le había acontecido desde que, en la habitación de Alma Rick, conoció al hombre del cuchillo en el cuello.

Cuando hubo terminado, Harry dijo:

—Ahora quedan muchas cosas explicadas.

—¿Quién era el tipo que fue acuchillado?

—Mi amigo John Patten. Habíamos trabajado juntos en varios asuntos.

—¿Y por qué fue a parar a la habitación del hotel de Alma Rick dónde estábamos Lou y yo?

—La respuesta es sencilla. Se tenía que entrevistar en una habitación del hotel El Descanso del Viajero con un enviado del enviado del Vietnam.

—Ustedes, los agentes secretos, son demasiado secretos. Lo son tanto que utilizan un loro.

—El agente 005 nos ha ofrecido muy buenos servicios. Nuestro departamento ha entrenado a varios loros para hacer trabajos especiales. Nos dimos cuenta de la muerte de Patten, gracias a que su receptor-emisor no nos contestó a una hora determinada. Para el caso de que Patten fallase, teníamos preparado el agente 005. Teníamos que ser informados, naturalmente, de que Polaski había llegado a la *suite 313*. *Cuando eso ocurrió, soltamos al loro para que realizase su trabajo. Pensamos que, habiendo fallado Patten, podía ser muerto cualquier otro muchacho. En cambio, un loro puede subir, trepar, volar y esconderse en cualquier parte. Los animales son muy bien entrenados.*

—Sí, ya veo que son enciclopedistas.

—Se necesitan tres años para preparar un loro como «Jimmy», el agente 005. Sobre todo, hay que conseguir de ellos una gran facilidad de palabra. Por fortuna, esto que hace unos arios parecía una quimera, ha sido posible gracias a la química. Los loros son sometidos a unas inyecciones que contribuyen a su perfección en todos los sentidos...

Harry consultó su reloj.

—Ha llegado la hora de que le diga la verdad.

—Adelante.

—Conocíamos la existencia de la sociedad NOUS y —también estábamos al corriente de que habían planeado matar a Polaski. Por eso les tendimos una trampa. Alquilamos por medio de una tercera persona una *suite en el hotel Mardor-Astoria a nombre de Polaski. Naturalmente, el verdadero Polaski nunca iría allí.*

—¿Quiere decir que iban a poner un conejillo de indias en lugar del verdadero Polaski?

—No diga eso, señor Martin, nosotros no hacemos esas cosas. El puesto de Polaski iba a ser ocupado no por un conejillo de indias en el sentido que usted lo dice, sino por un propio agente nuestro, pero ocurrió una cosa con la que no contábamos.

—Creo que ya lo comprendo. Nos entrometimos nosotros, Lou y yo.

—Exacto, señor Martin. Uno de mis jefes tenía por costumbre decirnos que en nuestros negocios secretos siempre hay que contar con lo inesperado. Nuestra intención era clara. Hacerles creer que estaba el verdadero Polaski en la *suite. Nuestro agente habría estado en contacto casi permanente con nosotros. La operación tenía un fin: desenmascarar al jefe de la organización NOUS. Pero nuestro hombre, el falso Polaski, no habría entrado en acción hasta dentro de un par de días. Cómo ve, las cosas se precipitaron con la muerte de Patten y surgió lo inesperado porque, sin nosotros saberlo, se metió un Polaski en la suite 313 del Mardor-Astoria. Nunca imaginamos que eso pudiera ocurrir y por ello no podíamos echar marcha atrás o descubrirían nuestras intenciones. Sólo podíamos hacer una cosa. Comprendíamos que, si ustedes estaban allí, era porque habían recibido un mensaje de Patten. Por ello les mandamos el loro con la contraseña ya que queríamos seguir haciendo el juego... En el momento preciso les*

echaríamos una mano, pero ustedes desaparecieron y, una vez más, no nos fue posible ayudarles. Ahí lo tiene todo.

—Está comprendido. Ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

—¿Significa que el verdadero Polaski está aquí?

—Sí, llegó hace muy pocas horas y se entrevistará muy pronto con nuestro emisario.

—No le pregunto dónde porque no es de mi incumbencia.

—No hay inconveniente en decírselo. Las conversaciones se van a sostener aquí.

—¿En esta habitación?

—Sí. De un momento a otro llegarán los dos emisarios.

—¿Qué me dice del jefe de NOUS, Harry?

—De acuerdo con su historia, debe ser Miriam.

—No la creo con capacidad para ser el jefe.

—De modo que, según usted, debe haber alguien por encima de ella.

—Me atrevería a jurarlo.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cincuenta años, de cabello canoso, rostro de facciones enérgicas.

Harry se puso en pie.

—Martin, le presento a mi superior, James Mulford, jefe del departamento de los Asuntos Asiáticos. Señor Mulford, éste es Duke Martin.

—Nos ha puesto las cosas difíciles, muchacho —dijo Mulford estrechando la mano de Duke.

—Mi intención fue buena.

—Sí, eso es lo que le salva a usted y a su compañero. A propósito, ¿dónde está él?

—Se quedó fuera.

—Jefe, ¿no vienen ya los emisarios? —preguntó Harry.

—He ordenado un retraso de media hora al nuestro.

—¿Porqué?

—Quería estar seguro de que todo saldría bien. Ahora dígame... ¿Ha venido ya Polaski? —No.

—¿No estableció contacto con él?

—Tampoco.

—No es posible. Ellos dijeron que Polaski estaría aquí a estas horas. Esto es una trampa, Harry.

—No creo que lo sea, señor Mulford.

El superior de Harry pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Dije que no se aceptasen las condiciones absurdas que ellos exigieron! Pero nuestro departamento de Estado picó el anzuelo... Nunca he creído en la buena fe de esa gentuza...

—Serénese, jefe. Yo creo que todo va a salir bien.

—Harry, ¿cómo puede ser tan ingenuo? A veces me pregunto qué clase de agente es usted.

—Consulte mi ficha y lo sabrá.

—Nada de ironías, Harry.

—Señor Mulford, siempre he estado de acuerdo con esta conferencia.

—Y yo he estado contra ella. Bien sabe el cielo que deseo la paz como nadie, pero no al precio que ellos exigen.

—¿A qué precio se refiere?

—Esto es un sabotaje.

—No tiene sentido, señor Mulford.

—Tenga usted en cuenta que son especialistas en la traición, ¿o necesita que le explique la de veces que nos han invitado a la mesa de conferencias y nos han dejado en la puerta de la calle?

—¿Qué perseguirían en este caso concreto?

—Propaganda, pura propaganda.

—Me temo que no puedo opinar como usted. ¿Y usted, Martin?

—¿Por qué le pregunta a él? —exclamó Mulford.

—Martin ha estado metido en el asunto y quizá su opinión nos sirva de algo.

—Conteste, señor Martin, y así Harry quedará tranquilo.

—Está bien, ya que me pregunta contestaré. —Duke hizo una pausa y agregó—: Creo que ellos obran de buena fe.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, señor Martin? —preguntó Mulford con un ligero sarcasmo.

—A nadie le interesa la guerra, sólo a los fanáticos que pertenecen a mi organización como NOUS.

—¿Cree que solamente hay esa clase de fanáticos?

—No, ya sé que existen en todos los países, que no son exclusivos de uno determinado.

—Lamento decirle que no nos ayuda mucho... Su punto de vista coincide demasiado con otros que ya conozco de memoria. Estoy cansado de leer protestas de paz en los periódicos y en las paredes... El mundo está loco, desquiciado... Nosotros hemos asumido la defensa de la cultura occidental y, ¿qué es lo que encontramos a nuestro paso? Tipos ingenuos que se dejan engañar fácilmente, gente dispuesta a dar crédito a los cantos de sirena... Es lo que yo trato de evitar, señor Martin... En este caso concreto, nunca habría aceptado las exigencias de nuestros enemigos... Nosotros también tenemos nuestras exigencias. En el momento adecuado, dije a nuestro departamento de Estado que teníamos que saber quién era el emisario que iba a llegar a nuestro país. Teníamos que garantizar su seguridad, impedir que fuese objeto de un complot. Era lógica mi actitud, puesto que yo soy el jefe de los servicios que tienen relación con Asia, pero mi consejo no fue escuchado. ¿Qué le parece eso?... Nada menos que un emisario del gobierno de Estados Unidos tiene que estar a la espera de una persona que no conoce y que, supuestamente, va a hablar en nombre del bando que tenemos enfrente...

—Desde el punto de vista de ellos, me parece correcta su posición.

—¿Qué?

—Ellos también adoptan sus seguridades. Es lógico que no se conformen con las de ustedes, puesto que usted mismo reconoce que son enemigos.

—Señor Martin ¿de qué parte está usted?

—Soy ciudadano americano, señor Mulford pero también soy amante de la paz.

—Otro tópico que escucho todos los días.

—Señor Mulford, ¿se ha hecho usted una pregunta frente al espejo?

—Eh, no me gusta ese tono.

—Sí, será mejor que no se lo diga.

—Tal como están las cosas, prefiero que lo suelte, señor Martin. Ande, dígame qué clase de pregunta me debo hacer frente al espejo.

—Si es usted un fanático.

—¡Señor Martin, no le tolero esa impertinencia!

El rostro de Mulford empezó a enrojecer y se hincharon las

venillas de su cuello.

—Cuidado, señor Mulford —dijo Duke—, o le dará un patatús. Ahora los ojos de Mulford parecieron ir a salir de las órbitas.

—¡Maldito sea, Martin!

Harry intervino.

—Duke, creo que ha ido demasiado lejos.

—No, no lo creo. Ha conocido una faceta más de su jefe.

En ese instante se abrió la puerta y entraron dos chinos. Cada uno de ellos tenía una pistola en la mano.

Harry fue a desenfundar, pero Duke se lo impidió.

—No haga eso, Harry.

—Usted dijo que no le habían seguido, Duke.

—Y era verdad. Me cercioré bien.

—¿Cómo han sabido estos hombres el camino para llegar hasta aquí?

—Le apuesto un dólar a que se lo adivino, Harry... Estos señores están aquí porque alguien de su propio departamento dio el soplo y, si me pregunta quién, le diré que, aunque no conozco a todos sus compañeros, sólo hay un aspirante para ocupar ese puesto. Su propio jefe. El flamante James Mulford.

Hubo un silencio en el reservado. Harry apretó los maxilares.

—¿Qué le pasa, señor Mulford? ¿Por qué no contesta a Martin?

—Porque ha dicho la verdad.

Duke lo apuntó con el dedo.

—Harry, usted quería pescar al jefe de NOUS. Pues aquí lo tiene.

CAPÍTULO XV

Harry Runyon rompió el silencio.

—Señor Mulford —dijo—, ¿se encuentra usted bien?

—Perfectamente.

—NO puede ser cierto... ¡No lo admitiré!

—Deje de hacer el estúpido, Harry. Es usted un fracasado... — Mulford esbozó una sonrisa—. Sí, usted que se cree un profesional, jamás pudo vislumbrar la verdad. No ha descubierto lo más esencial, lo que tenía delante de sus propias narices, al jefe de la NOUS, que soy yo.

Harry Runyon inspiró profundamente.

—Lo felicito, señor Mulford.

—Gracias, es muy amable de su parte.

Duke se creyó obligado a intervenir:

—Si me permiten interrumpir este diálogo versallesco, y como yo no pertenezco a la carrera diplomática, lo haré a mi manera, señor Mulford.

—Hágalo, Martin.

—¿Qué se propone, hijo de perra?

Uno de los chinos levantó la pistola para disparar.

—No hagas eso, Kung —dijo Mulford—. Todavía no. El señor Martin está muy nervioso porque todos sus esfuerzos no han servido para nada.

—Eso ya lo veremos.

—No, señor Martin, ya no tendrá una nueva oportunidad.

—Lo mismo dijeron sus esbirros en la casa a dónde nos llevaron. Eran muchos y trataron de darnos tormento, y, ya ve lo que pasó a la hora de la verdad, que «Max», el tiburón, comió en grande... Lástima que usted no hubiese estado por allí. Se lo habrían servido como postre.

—Basta de chistes, señor Martin.

—Eso digo, basta de chistes. Pongámonos serios...

¿Cree que está sirviendo de verdad a la civilización occidental?

—Desde luego.

—Oh, sí, usted es uno de esos tipos que pisan el cuello de uno para asegurar la democracia, que clavetean las manos de otro para preservarle de los malos pensamientos, que le arrancan la piel a un enemigo para convencerle de que está equivocado...

—Le dije que se callase ya, Martin. Estos hombres tienen silenciador en sus armas. Un estampido no sonará más fuerte que el taponazo de una botella... ¿O es que quiere morir ahora?

—No, prefiero dejarlo para después.

Harry medió:

—¿Cuál es su plan concreto, Mulford?

—Voy a matar al emisario del Vietnam.

—¡No puede hacer eso! ¡Va contra todas las reglas internacionales!

—¡Para mí no existen las reglas internacionales! Es mucho más importante la seguridad de mi país.

—Usted es funcionario, señor Mulford.

—NO necesita recordármelo.

—No tengo más remedio que recordárselo porque cuando tomó posesión de su cargo juró fidelidad al gobierno.

—Voy a ser su más fiel servidor.

—Mentira, va a quebrantar su juramento. Es el propio gobierno quien ha planeado estas conversaciones preliminares de paz...

—Iban a cometer ese tremendo error, pero gracias a mí se salvarán.

—¿Se da cuenta de que se trata de un emisario personal del presidente? ¿Lo ha convencido también para que colabore con usted?...

—¿Todavía no se ha dado cuenta de cómo he preparado las cosas? He dicho que el emisario se había retrasado. Yo había ordenado ese retraso. El emisario del Vietnam vendrá antes que el del presidente. Mataré al oriental y, cuando llegue nuestro representante, todo estará consumado. Como es ilógico, diré que desconozco la forma en que se ha producido el sabotaje. Haré recaer la responsabilidad del crimen político en fuerzas que nosotros no hemos podido controlar y, paradójicamente, aparecerán

como culpables los propios jefes del emisario vietnamita, puesto que ellos no depositaron su confianza en nosotros.

Martin contestó:

—Usted está demostrando que hicieron bien en no confiar en ustedes.

—Pero de nada les va a servir. Ellos, como orientales, deberían saber que la astucia es muy importante en los asuntos de carácter político... Kung, encárgate de despojarles de las armas.

El chino llamado Kung dio la vuelta a la mesa y registró con eficiencia a los dos prisioneros, desarmándolos.

—¿Qué pretende con NOUS, señor Mulford? —preguntó Duke.

—Salvaguardar nuestros más altos intereses.

—¿A qué intereses se refiere?

—A todos, señor Martin.

—Concrete.

—Es usted muy torpe.

—Sí, soy muy torpe.

—Yo agregaría algo más, señor Martin. Usted es un detritus de la sociedad...

—Oh, sí, claro, y según usted y NOUS, yo debería estar internado en un campo de concentración. ¿O me mandaría directamente a la cámara de gas?...

—Individuos como usted están de sobra en el mundo.

—Al parecer somos muchos.

—Millones, señor Martin.

—Y si usted tuviese un botón que al pulsarlo hiciese desaparecer a esos millones de individuos, no vacilaría en alargar la mano.

Mulford apretó los dientes. Sus ojos bridaban mucho.

—Sí, señor Martin, alargaría la mano y pulsaría el botón sin vacilar.

—Y sólo dejaría con vida a los que pensasen como usted.

—Tengo la razón.

—Está loco, señor Mulford.

—¡No diga eso, señor Martin!... ¡No lo diga!

—Está como una cabra. ¿Lo prefiere así?

—Kung, si vuelve a insultarme, dispara sobre él.

—Desde luego, señor Mulford.

Mulford sonrió.

—Acabo de comprender su intención, señor Martin.

—¿De veras?

—Está tratando de ganar tiempo porque piensa que su amigo Lou Bates va a venir a salvarle. Por eso ha tratado de excitarme insultándome... He de darle una mala noticia, señor Martin. Su amigo Lou Bates está en nuestro poder.

—No lo creo.

Mulford hizo chascar los dedos.

—Traigan a ese hombre.

El compañero de Kung abrió la puerta.

Se oyeron pasos y Lou Bates entró seguido por otro oriental que lo encañonaba.

Duke se pasó una mano por la cara.

—Lou, ¿cómo te atraparon?

—Por la espalda... Pero no creas que les resultó fácil. Tumbé a dos de ellos, pero tuve que rendirme porque me iban a levantar la tapa de los sesos... Daría cualquier cosa por atrapar al jefe de esta gentuza.

—¡Lo tienes aquí, y se llama Mulford, y es nada menos que el jefe de los servicios secretos que están relacionados con Asia!

Bates miró a Mulford y sacudió la cabeza.

—¡No me extraña! Con esa cara sólo se puede ser un bastardo o el hijo de una mula ciega y coja.

El chino que había detrás golpeó a Lou en la cabeza.

El grandullón se tambaleó.

Duke había comprendido. Lou hacia aquello para que se armase la gorda. Era un número que habían puesto en práctica muchas veces y que les había servido para escapar con éxito.

Pero alguna vez tenía que fracasar y es lo que ocurrió ahora.

Martin logró golpear a Kung en la mandíbula enviándolo al suelo, pero cuando fue a revolverse, otro de los chinos le clavó el cañón de la pistola en el estómago.

En realidad, el fallo fue debido a Harry, porque era éste quién debía haber impedido que aquel oriental quedase indemne.

Él mismo lo reconoció al decir:

—Lo siento, Martin. Debí echarles una mano, pero mis reflejos no me respondieron. Eso prueba que estoy viejo y que Mulford tiene razón. Soy un fracasado.

Mulford dejó oír su voz cargada de ira:

—Todos ustedes están jugando con mi paciencia. Sólo me interesa, de momento, cargarme al emisario del Vietnam, pero si ustedes se empeñan, lo van a preceder en el camino al infierno...

En aquel momento se oyó un revoloteo y un ave entró por el hueco de la puerta y se detuvo en el respaldo de una silla. Enseguida dijo:

—Agente 005 informando... Peligro... Peligro... Peligro... Maldita sea... Un trago... Un trago... Un trago...

Harry Runyon exclamó:

—No va a lograr sus fines, Mulford... El agente 005 acaba de avisar al emisario del Vietnam para que no acuda a esta habitación.

—¿Qué idioteces está diciendo? ¿Espera que crea lo que dice un toro? Ya le dije que era una locura mezclar a estas repugnantes aves en el servicio...

—El repugnante será su tío... —dijo el loro.

—A callar o te retuerzo el pescuezo.

Harry rió.

—Ha olvidado algo muy importante, Mulford.

—¿Qué cosa?

—Yo fui el entrenador del agente 005, como lo he sido de otra media docena de loros como él.

—¿Y qué?

—Asigné al 005 esta misión especial... Fue el encargado de dar las contraseñas.

—Sí, ya sé que dio las contraseñas a Duke Martin y a Lou Bates.

—También se las ha dado al emisario del Vietnam.

—No había contraseñas.

—Las había, señor Mulford...

—¡Es imposible que yo no lo supiese!

—Usted no lo supo porque yo llevé el asunto confidencialmente.

—Le ordené que me informase de los pormenores. Si hubiese callado algo con respecto a eso, habría quebrantado su juramento y usted presume de fiel.

—Comete su segundo error, señor Mulford. Se me concedió plena autonomía para llevar este negocio a buen fin, y teniendo en cuenta esos plenos poderes, decidí utilizar una contraseña especial con el emisario del gobierno del Vietnam. Ellos estuvieron de

acuerdo.

La cara de James Mulford había cambiado de expresión porque la ira le iba invadiendo poco a poco.

—¿Qué contraseña?

—Será mejor que el agente 005 se la repita.

—¡No quiero oír al agente 005, sino a usted, Harry!

—Tendrá que ser el 005.

Mulford desvió los ojos hacia el loro.

—Habla, maldito.

—Tenga un poco de educación, señor Mulford.

—¡Soy tu jefe, loro del infierno!

—Yo no reconozco más jefe que Harry Runyon... Así que, mi respuesta es: Chúpese el dedo... Chúpese el dedo... Chúpese el dedo...

—¡Nadie se burla de mí...! —gritó Mulford cada vez más excitado.

Duke martilleó en caliente.

—Ya ve lo frágil que es el ser humano. Usted, que tanto poder tiene, está siendo burlado por un loro... Le falló el sistema, señor Mulford.

Al oír aquello, Mulford se abalanzó sobre el pájaro con los ojos extraviados como un loco.

Fue el momento para empezar el combate.

Y esta vez Duke y Lou fueron secundados por Harry.

También el loro hizo de las suyas, porque salto de la silla y, poniéndose sobre la cabeza de Mulford, empezó a pegarle picotazos.

El desconcierto fue tremendo.

Duke aplastó la cara de uno de los chinos.

Lou atrapó a otro y lo utilizó como escoba.

Harry se deshizo de otro enemigo.

—¡Quítenme ese pájaro de encima! —gritaba Mulford.

Pero el loro seguía picoteándole en la cabeza.

El jefe de NOUS sacó una pistola al ver que la lucha estaba siendo perdida por sus esbirros.

Duke atrapó un arma del suelo y sin pestañear apretó el gatillo varias veces.

Mulford se estremeció al ser mordido por las balas.

Soltó un chorro de sangre por la boca y cayó al suelo.

La batalla había terminado.

El loro se puso en el hombro de Lou y dijo:

—Madre mía, qué chapuceros son algunos tipos...

—«Jimmy» —dijo Harry—. ¿Dónde está el emisario del Vietnam?

—¿Puedo traerlo?

—Claro.

—Ahora mismo voy por él.

El loro echó a volar y salió del reservado.

La espera fue aprovechada por Harry, Lou y Duke para maniatara los prisioneros.

Finalmente, apareció en el hueco de la puerta del reservado un oriental vestido con pantalones azules y un jersey de cuello alto.

El loro revoloteó otra vez y fue a parar a lo alto de la mesa.

—Harry —dijo—, éste es el emisario del Vietnam.

El vietnamita hizo una ligera inclinación y dijo:

—«Matar a un hombre para salvar al mundo, no es obrar por el bien del mundo».

Harry contestó a la contraseña oriental con la occidental:

—Qué piernas tiene la Ann Margaret.

Duke y Lou salieron muy alegres del café.

—Hemos hecho algo por la paz, ¿eh, Duke?

—¿Crees que se acabará da guerra?

—Seguro. Están reunidos los emisarios.

—Esos tipos que hablan y hablan a veces terminan por tirarse los trastos a la cabeza. Pero es bueno que hayan empezado. Si no llegan a un acuerdo ahora, pueden coincidir más tarde. Nosotros ya hicimos nuestro trabajo, impedir que un loco agrandase la hoguera.

—Demonios, ese Harry se ha portado bien. Con esos dos mil dólares de premio podremos pagar todo lo que debemos.

—Seguro.

—¿Adónde vamos ahora, Duke?

—Tú te vas al hotel de Alma Rick a informarle de las buenas noticias... Yo iré a la barca de Tom Turner a decirle a Rosanna que ya pasó el peligro. Me reuniré contigo más tarde... Hasta luego, muchacho.

Duke se metió en un taxi, y éste echó a correr.

Lou vio cómo se alejaba el auto, y, en ese momento, el loro salió

del café y se detuvo en su hombro izquierdo diciendo:

—Acabó el caso y nadie me invitó a un trago...

Lou miró a «Jimmy» y sonrió.

—Tú y yo nos vamos a tomar una botella, agente 005.

—Y luego de fulaneo.

—¿Qué?

—Quiero decir que tengo una lorita que no se la salta ni el James Bond ése. Menudo tipo soy yo... Menudo tipo... Menudo tipo...

FIN

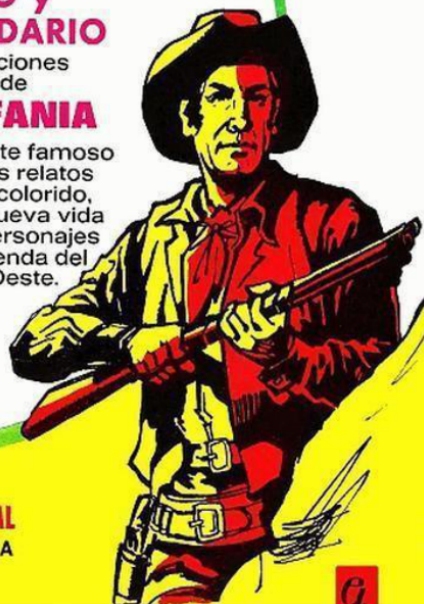
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

